

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

Año 19. — N° 414.

## SUMARIO.

Fuente elevada en la plaza de la Rotonda en Aix; grabado. — Leyendas de un alma triste. — Revista de Paris. — El clavel de la Ascension. — Roma; grabados. — Una historia inglesa. — Una visita á Covadonga. — Baile de moros en Argel; grabado. — Entrada del rey Victor Manuel en Nápoles; grabado. — Las mujeres. — El conde Walewski; grabado. — La fiesta de San Nicolás en la Lorena; grabado. — Independencia del literato. — El sepulcro del rey Pelayo. — Revista de la moda. — La fiesta de Santa Bárbara en Tolon; grabado. — Monseñor Dufetre; grabado.

## Fuente

ELEVADA EN LA PLAZA DE LA ROTONDA EN AIX (FRANCIA)  
La fuente monumental cuyo dibujo damos, que se

acaba de inaugurar en Aix, y cuyo conjunto tiene 40 metros de diámetro, con 12 de altura, es obra de M. de Tournadre, ingeniero de puentes y calzadas, y de M. Silvestre, del mismo ramo. La alimentan las aguas del canal concluido por M. Zola; la combinacion de los surtidores produce el efecto mas gracioso. Este monumento da frente á tres grandes avenidas, y presenta á cada una de ellas una de las figuras que forman el grupo en mármol colocado en el centro de su inmensa concha de metal. Dos de las figuras de este grupo son alegorías de la Agricultura y de las Artes, que simbolizan la vida real y la vida del pensamiento. La tercera representa la Justicia, reguladora soberana de esas dos grandas causas de la humanidad, y cuyos ojos se vuelven hácia la antigua ciudad parlamentaria, donde tiene su residencia desde hace tantos siglos. Esta última estatua es debida al cincel de M. Ramus; M. Chabaud es autor de la de la Agricultura, y M. H. Ferrat ha ejecutado la que personifica las Artes; finalmente, los leones y los niños montados en cisnes son de M. Truphaine.

Se han empleado simultáneamente la piedra calcárea dura del pais, el mármol de Tholonet y la fundicion de hierro en esta construccion, elegantemente adornada con un cerco de césped, y cuyo aspecto forma un ornato admirable para la entrada de la ciudad de Aix.  
H. G.

## LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE.

(Continuacion.)

COMO SIGUE EL AGUILA SU PRESA.

El príncipe no cerró sus párpados al sueño. A las cinco de la mañana, como que la fiebre crecia, los pulmones deseaban aire y la cabeza frio: y el príncipe salió cerca del mar á respirar el norte, y se sentó sobre las piedras de la orilla; dos horas estuvo sobre ellas inmó-



FUENTE ELEVADA EN LA PLAZA DE LA ROTONDA DE AIX.

vil, y dos horas también Hércules que lo seguía como la pantera al lobo, los ojos fijos en su cabeza.

El príncipe dirigió sus pasos a la calle de Sigogne, y la pantera daba vueltas al rededor de su presa.

El príncipe entró en su fatal casa; Hércules se sentó a su puerta; allí estuvo todo el día pensando en su hija; y el amante, todo el día pensando en su amada perdida para siempre.

Los dos espíritus tenían reconcentrados en el sepulcro de Otilia el agitado pensamiento.

¡Qué gran idea es la muerte para las naturalezas cansadas del dolor!... ¡Cómo vuelve a ella los ojos el alma afligida!

Es la única argolla para castigar el crimen; la única manera de curar el cansancio.

La muerte es el martirio, el descanso y la puerta de la eternidad.... es un mundo donde entran todas las ideas, todas las costumbres y las naturalezas de todos los reinos.

Sin la verdad evangélica, habría quien creyera que había sido el principio de la vida.

Mientras aquellas dos almas revoloteaban con el pensamiento al rededor del sepulcro de Otilia, enterrada a las diez de la noche anterior en su mismo nicho por las manos del africano Genaro, la marquesa, delante del espejo que era lo único limpio de su cuarto, tranquila y orgullosa de su venganza, libre ya de la rivalidad de aquel ángel hermosísimo, contenta del fin de su víctima, sin tener ya del sangriento drama sino el recuerdo de haberse quitado una rival de delante; se pintaba los cabellos, los ojos y las cejas, daba carmin a sus mejillas y empapaba en esencias su cuerpo, tan apestado como su alma, para arrastrar en pos de su persona, cuyo único atractivo eran sus títulos y sus riquezas, a los incautos caballeros que en busca de escenario andaban con los ojos abiertos por las calles y tertulias, como los gatos tras de los ratones en las despensas vacías.

Eran las ocho y la noche muy clara, cuando la marquesa, con los párpados inyectados de falsedad y envidia, salió de su hotel, y rodeada de sus adoradores se dirigió a la orilla de la playa.

Todos sonreían, y para aquella alma de Barrabás las penas no hacían historia.

El único huracán de su corazón había pasado, y el mismo egoísmo de siempre y la misma vanidad la alimentaban.

La fiera repartía sus sonrisas y miradas entre los inocentes pretendientes, como un titiritero sus guiños en la multitud... y la noche seguía tranquila y parecía que las estrellas todas tenían los ojos fijos en la playa.

En el interin por las puertas del príncipe Nicolás, en la calle de San Remy, no asomaba nadie; pero a las ocho se levantó el picaporte y salió el príncipe y lo siguió Hércules, como el águila al milano que se guarece en el hueco de las peñas y quiere salvarse protegido por las sombras de la noche.

El príncipe llegó a la orilla y se sentó sobre las mismas piedras donde había estado durante la mañana.

Hércules desapareció entonces, y al cuarto de hora una pequeña barca, conducida por tres remeros, como una flecha se aproximó a la orilla; dos hombres saltaron a la arena, el tercero quedó sosteniéndola a flote a poca distancia de la playa.

La marquesa y sus adoradores vieron cómo aquellos hombres cayeron como perros de presa sobre un cuerpo que estaba tendido cerca del mar.

Y como la fiebre extenuaba al príncipe, sin gran trabajo los dos marinos como si fuera una bola de algodón lo arrojaron sobre la barca: lo ataron al banco y echaron mano a los remos; a los pocos instantes, la marquesa y sus acompañantes habían perdido de vista los marinos y la barca.

#### JUSTICIA HECHA SIN FORMA.

Como las tempestades de la vida llegan cuando menos se esperan, así sucede con las del mar. La barca, dirigida por la mano de un hombre, cuyo semblante cubría el pardo *treport*, rompía impulsada de los dos remeros las ondas primero serenas, y que merced al viento que había saltado al Norte, comenzaban a levantarse desordenadamente.

Negros como escuadrones de gigantes los nubarrones principiaron a desprenderse del horizonte, y arrastrados violentamente parecían huir de la tempestad; la luna fué poco a poco velando su luz transparente, y la vista no divisaba ya mas que oscuridad espantosa.

El choque de las nubes cargadas de electricidad, y los fenómenos de este fluido extraordinario, parecían estremecer el horizonte; de vez en cuando la luz del rayo vagorosa, corriendo de un extremo al otro iluminaba aquella masa densísima de sombras y confusión.

Los marinos remaban en silencio, y la barca estaba a menos de media legua de distancia de la costa.

El príncipe Nicolás atado al asiento, permanecía sin poder volver la cabeza. El hombre del timón, cuya figura cubría la capucha, no desplegaba sus labios; un trueno espantoso conmovió el cielo y el mar; el viento silbaba; era difícil contra su empuje adelantar la barca.

— ¿Podreis ganar desde aquí la orilla? dijo el hombre que empuñaba el timón. Aquella voz heló la sangre en las venas del príncipe.

— Sí podemos, respondieron los remeros.

— Entonces, cúmplase la voluntad de Dios. — ¡Alto! dijo con voz como de acero arrojando su *treport*.

El viento desordenaba sus cabellos; en la oscuridad brillaban sus ojos; los del lobo hambriento eran menos encendidos.

— Levántate, le dijo al príncipe cortándole con su cuchillo las ataduras que lo aprisionaban.

El príncipe fué a levantarse; un golpe de mar estuvo a punto de volcar la barca, y cayó desvanecido sobre el asiento.

— Lo mismo es que te sientes: ¿me conoces? le dijo el hombre del timón.

El príncipe fijó los ojos en aquel hombre, y a la luz de los relámpagos reconoció al padre de Otilia.

— ¡Hércules! exclamó espantado.

— Sí, Hércules, murmuró el marino, como el león que ruge delante de la pantera.

— Este hombre, dijo dirigiéndose a los remeros, hace tres años llegó a estas playas; mi pobre Otilia tenía quince años; vosotros conociais su inocencia; puso en ella sus ojos; abrasó de amor su tierna alma: la niña correspondió a su cariño y le amó con la ternura de la virtud. Este hombre volvió al año siguiente; Otilia lo amaba con el amor profundo que encerraba en el fondo del corazón. Este hombre exigió a la niña el secreto, y Otilia era mi hija y guardó el secreto, creyendo que su amante era un caballero leal y honrado.

« Me voy, le dijo al abandonarla el segundo año; pero cuando vuelva no nos separaremos nunca. » Llegó, pero este infame no vino solo; le rodeaban su esposa y sus hijos; mi pobre Otilia le aguardaba enferma a la orilla del mar; voló a su encuentro, pero sus ojos vieron en lugar del tierno amante, el marido de una gran señora acompañada de sus hijos.

Hasta el alma le llegó la herida; y la enfermedad postró mortal a mi pobre hija. Dios la arrancó de las garras de la muerte, y luchando con el mal volvió a ver a este malvado; y este malvado no tuvo piedad de la víctima; la niña, ciega de pesadumbre y llena de compasión, entró por las puertas de su casa, y su infernal querida, llena de celos vino a mí; y cuando dormía tranquilo, me dijo con voz infame:

« Tu hija te deshonoró y duerme en los brazos del príncipe Nicolás, en la primera casa de la calle de San Remy; si es verdad, ven a saberlo al jardín que da a la calle de Sigogne, por donde a las diez de la noche debe salir. »

Espantado salté del lecho; sin respirar aguardé apoyado en el umbral de aquella casa maldita; a las once salió mi pobre Otilia. La llamé, y me respondió para morir...

« Prométeme que no volverás a ver a ese hombre, le dije; prométeme, hija mía, que lo olvidarás.

— No volveré a verle; si no le olvido, moriré; me respondió el ángel de mi vida, y cumplió su promesa; a las sesenta horas Otilia dejó de existir. Después este asesino, no contento aun, ha llegado con su mano audaz al fondo de su sepulcro: ha turbado el eterno sueño de la pobre muerta, y este hombre infame es el príncipe Nicolás.

¿Qué pena merece el que le roba a un viejo infeliz el honor y la vida de su único tesoro? ¿qué pena merece? El perverso para quien no hay vínculos sagrados, para quien la fe y la religion son una mentira, ¿qué pena merece?...

La tempestad respondía con su violento movimiento; el mar, la barca y las nubes giraban en desorden espantoso, todos callaban con terror profundo.

— ¿Tienes defensa, hombre cobarde? continuó diciendo Hércules: ¿tienes defensa? gritó furioso y convulsivo, dominando su voz estridente el rumor de los mares.

— No, respondió el príncipe, todo es cierto...

— ¿Cuál es entonces vuestro juicio?... dijo Hércules volviéndose a sus compañeros que miraban asombrados aquella extraordinaria escena, repasando como dos jueces rectos y llenos de sabiduría la acusación oída.

— Nuestro juicio es que debe morir, respondieron a la vez.

— Entonces a la orilla, gritó Hércules.

Los remeros se lanzaron a luchar con las ondas como peces ligeros.

A las dos horas estaban sobre las piedras de la playa. Hércules se quedó en la barca entregada a la merced de las ondas.

Sus ojos contemplaban con el odio inmenso de la venganza, la figura pálida y descompuesta del príncipe.

— Yo debía degollarte como a un lobo; has sido infame; me has robado a traición el alma del alma mía; pero mi hija te amaba, y las lágrimas que has llorado por ella te hacen digno, a pesar de tu crimen, de que cruce contigo el hierro.

Toma ese cuchillo y defiéndete; defiéndete, porque no te perdonaré la vida, aunque en tu cobardía me digas que estás enfermo; yo también lo estoy; la fiebre me consume; defiéndete, infame...

— No me defiendo, dijo tranquilamente el príncipe Nicolás.

— Defiéndete, perverso, que voy a matarte sin piedad, gritó Hércules con los ojos desecados.

La tempestad era terrible; el viento arrastraba con violencia la barca; y el príncipe para no caer al agua, se tenía asido con ambas manos del banquillo del centro.

— Defiéndete, perverso, que voy a vengar mi honra, volvió a decirle el bañero convulso y frenético.

— No me defiendo, exclamó con amargura el príncipe.

— Pues Dios te ampare, gritó Hércules saltando desde la popa a la proa, y cayendo sobre él como un tigre.

— La Virgen me perdone, exclamó el príncipe tendiendo el brazo armado.

El cuchillo de Hércules le entró por el lado izquierdo y llegó a partirle el corazón.

« Otilia » fué su última palabra; y como una piedra cayó en el mar.

Una gran mancha de sangre enturbió la verdosa onda: tres veces asomó a la superficie el sangriento cadáver, y a la cuarta desapareció en el profundo...

El viento arrastraba a la orilla la abandonada barca; las aguas entraban por ella, como se recostaban en las piedras de la playa.

Hércules hacía oración sentado en la popa, sosteniendo maquinalmente el timón, que hacía rumbo al puerto.

¿Cómo debe llegar a Dios el ruego, cuando la tempestad abre el abismo y el cielo despide rayos, y el hombre afligido levanta a él desde las profundidades su voz llena de amor y de arrepentimiento!

La tormenta duró toda la noche, y el marinero bró toda la noche por el alma de su hija.

A las cuatro de la mañana Hércules saltaba en tierra, donde le esperaban sus amigos; pero llegaba moribundo.

A las seis el sol, derramando su luz sobre las montañas había calmado la tempestad del cielo; el viento y el mar traían montañas de olas a la orilla, y la marea montante arrojaba un cadáver sobre la playa.

¡Pobre cadáver! ¡era el del príncipe Nicolás, a quien atravesaba el corazón una profunda herida, cuyos bordes había dilatado el agua salada!

A las siete aun estaba expuesto sobre las piedras, porque la justicia y los hombres de la ciencia comprobaban un crimen.

Mas tarde llegó la princesa Zeneida y sus dos hijos; las lágrimas de aquellos niños amorosos bañaron el rostro de su padre, en cuya frente había dejado profunda huella la lucha con la tristeza y el remordimiento.

La marquesa de Canimar, desde las ventanas del Hotel Real, veía con su corazón de hierro y sus ojos, negros como sus pensamientos de víbora, la escena terrible.

No merecía su víctima ni el trabajo de bajar la escalera para contemplarla tendida sobre la orilla...

Unos cuantos minutos la observó con sus anteojos de nácar; y con la serenidad de la bestia salvaje, se sentó a la mesa, porque era la hora del desayuno...

Hércules entró espantado en su casa: sus vestidos estaban húmedos y manchados de sangre; la pobre abuela llena de inquietud le aguardaba a la puerta.

— ¡Dios le perdone! dijo temblorosa al ver la sangre que salpicaba el vestido de su hijo.

Hércules descolgó el Crucifijo de marfil de la pobre Otilia, pendiente aun al lado del lecho de la desgraciada niña.

El marino lo besó mil veces.

— ¡Perdóname, Dios mío! exclamó con profundo arrepentimiento, estrechándolo a sus labios abrasados por la fiebre.

Ruega por mí, hija de mi corazón, repletió derramando un torrente de lágrimas.

Y cuando la justicia llegó a su puerta, el pobre Hércules estaba loco.

En vano fueron las preguntas; en vano las aclaraciones; la razón de aquel pobre viejo estaba perdida, y perdida para siempre.

La ley condenó al culpable de asesinato a encierro perpétuo; la caridad lo llevó al hospital de los dementes.

Y aun vive Hércules; perdida la razón, taciturno siempre y fijos los ojos sobre la tierra; y cuando el cielo se nubla, ruge el viento y las nubes se remolman, y la tempestad sacude sus alas y revuelve el fondo de las aguas, los cabellos del viejo se erizan; la palidez cubre sus facciones; y atónico, como sacudido de un horrible recuerdo, se ven asomar a los ojos de aquel infeliz dos lágrimas de fuego...

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

FIN DE OTILIA.

#### Revista de Paris.

En esta inmensa ciudad de Paris que cuenta millon y medio de habitantes, donde por todas partes la gente se muestra en muchedumbre, donde las casas son otras tantas colmenas atestadas de inquilinos de arriba abajo, parece imposible que haya quien viva en la soledad, en una soledad mas completa que la que puede haber en una aldea de cuatro casas. Y sin embargo nada es mas cierto; Paris, para muchas personas es, como dijo el poeta Casimiro Delavigne, « un gran desierto poblado. » En este caso tristísimo se hallaba hace dos años por ahora un joven sin familia y atacado de una enfermedad que los médicos habían declarado sin curación posible.

Este joven, a quien daremos el nombre de Isidoro, se hallaba a punto de emprender un viaje, único recurso que le quedaba, segun la opinion de los facultativos.

Isidoro no confiaba en este expediente; pero queria si salir de Paris, pues la muerte le asustaba en esta ciudad tan sombría durante el invierno. Haciendo sus preparativos de marcha, tomó una pluma y escribió lo que sigue a un antiguo amigo de colegio:

« Amigo mío: conozco que se acerca mi hora; he cumplido los treinta años, edad terrible de la que no ha pasado ni...

gun hermano mio, ni mi infeliz padre. No quiero morir en París y me marché á Niza; ¿quieres acompañarme? Tú me cerrarás los ojos, tú me enterrarás, y en cambio te dejaré toda mi fortuna. No me niegues este servicio; sacrifícame durante algunos meses los placeres mundanos, y habrás cumplido una buena acción y habrás heredado veinte y cinco mil francos de renta. Ya sé que con esto no pagaré el favor; pero es todo cuanto poseo. Espero tu contestación con mucha impaciencia, pues deseo marcharme cuanto antes; hace un tiempo muy malo; yo toso mucho y conozco que si permanezco mas en París, dentro de quince días estaré en el campo santo.»

El sugeto á quien se dirigía esta esquela era el vizconde de\*\*\*, jóven elegante muy conocido en los círculos de tono de París, de una salud robusta, muy amigo de la vida alegre, y que como ignoraba lo que es estar enfermo, no podía concebir que nadie lo estuviera.

Así sucedió que al recibir esta carta, se preguntó si su amigo Isidoro había perdido el juicio para huir de París en el mes de diciembre, la época en que comienzan las reuniones y los bailes.

Inmediatamente corrió á verle, y le halló tendido en el lecho, pálido, desencajado y con una tos pertinaz que apenas le dejaba el uso de la palabra.

Entonces no tuvo mas remedio que convenir en que no todos los hombres disfrutaban de una salud como la suya, á prueba de todos los excesos.

Sin embargo, la idea de abandonar sus diversiones no le sonjaba mucho.

— Vente conmigo, decía el pobre Isidoro.

— Sí, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Todo el invierno sin duda?

— No; conozco que no llegaré al fin del invierno; aun podrás volver á divertirme, y mi fortuna te acabará de hacer rico.

— Bastante me importa á mí tu fortuna; tengo la mia que es muy suficiente, y si consintiera en acompañarte, no sería por quedarme con tus rentas.

— Ya lo sé, amigo mio; pero en fin, ¿accedes á mis ruegos?

— Sí, no quiero abandonarte, te tengo cariño y me enternece tu posición. Sin embargo, si supieras...

— ¿Qué?

— Que había formado muchos planes para este invierno... hasta creo que me habría casado...

— ¡Amigo mio!...

— Ea, está convenido, lo dejo todo: ¿cuándo quieres marcharte?

— Cuando tú quieras.

— Eso no es decir nada.

— Lo mas pronto posible.

— Está bien; mañana saldremos.

— A tu vuelta podrás poner tus planes en ejecución y te podrás casar, amigo mio, cuando yo esté enterrado.

— Vaya, vaya, deja esas ideas tristes; otra cosa me propongo yo con este viaje; veremos si la logro.

— Supongo lo que piensas; pero es inútil, no hay esperanzas para mí; los médicos me han desahuciado.

— ¡Oh! los médicos, si por cada vez que se engañan tuviera yo un luis, Rothschild á mi lado sería un miserable.

— Dos dias despues entrambos amigos salian para Niza.

El vizconde se alejaba de París sin acordarse ya de los placeres que se había prometido durante aquel invierno; se había consagrado con toda su alma á la obra caritativa de arrancar á la muerte aquella presa, y si esto no le era posible, al menos embellecería los últimos momentos de su querido amigo, y regresaría satisfecho de haber empleado todos los recursos que estaban en su mano para salvarle.

Cuando llegaron á Niza, el vizconde eligió una bonita casa, bañada por el sol y rodeada de flores.

Isidoro al entrar en ella no pudo menos de exclamar:

— ¡Ah! ¡cuán agradable sería aquí la vida!

— ¿Te gusta?

— Mucho.

— Pues vivirás en ella, amigo mio; vivirás feliz y contento. Un suspiro fué la respuesta de Isidoro.

— Vamos á ver, continuó el vizconde, quién puede mas, si tus médicos ó yo; me propongo que queden mal contigo.

Al fin del invierno la mejoría de Isidoro estaba evidente; su nuevo médico, viendo ya su obra adelantada, comenzó á pensar en París.

— Amigo mio, le dijo, hay que variar de método. ¿Estás dispuesto á dejarte guiar como hasta el dia?

— Haré lo que tú quieras.

— Corriente; pues te voy á decir lo que necesitas. Es preciso que vuelvas á París, y que en lugar de encerrarte en tu casa solitaria, frecuentes los paseos, los teatros, las reuniones...

— ¿Siempre contigo?

— Siempre; yo no te abandonaré hasta que la cura esté completa.

Llegados á París, el vizconde le presentó en las últimas fiestas del invierno.

No le dejaba sosegar ni un dia ni una noche; paseos al bosque, comidas, funciones públicas, bailes de gran tono, hé ahí los medicamentos que recetaba al que unos meses antes se hallaba moribundo.

Los amigos se sorprendían y murmuraban; hubo quien creyó que había puesto en planta aquel sistema con Isidoro para heredar cuanto antes su fortuna.

Sin embargo, el vizconde se hallaba lejos de sospechar que censuraban así su conducta, y acababa su experimento.

Al principio del verano, la salud de Isidoro era inmejorable. En junio hicieron un viaje á los Pirineos, y allí el vizconde coronó su obra comprometiéndolo á su amigo con una jóven, hermana de aquella con quien él debía casarse, y las dos bodas han tenido lugar al mismo tiempo.

Hoy los recién casados se encuentran en París, y sus salones son de los primeros que se han abierto en esta tempora-

da, con asombro general de todos los que han conocido á Isidoro, que gracias á su amigo ha pasado el año fatal en que sucumbieron su padre y sus hermanos. Los médicos no tienen aliento para protestar: hay prodigios que asustan á la ciencia.

Acaban de publicarse en París las obras completas de una escritora francesa, madama de Girardin, que la muerte arrebató demasiado pronto á sus admiradores y amigos. Es difícil dar una idea de las graciosas creaciones de aquella pluma tan fina, tan delicada, tan llena de «esprit», y sobre todo tan femenina. Madama de Girardin ha escrito algunas comedias muy celebradas; una sátira ingeniosa y aguda titulada *la Escuela de los periodistas*, y una colección de folletines, que es seguramente donde mas brillan las preciosas facultades que la distinguen. Estos folletines se publicaron de 1836 á 1840 con el título de *Cartas parisienses*, firmadas con el seudónimo de vizconde de Launay, y en ellas se encuentran, al lado de la ficción mas original, la sensibilidad mas tierna y exquisita.

Queremos dar una muestra á nuestros lectores.

Se trata de un jóven oficial que ha necesitado recurrir á un usurero, el cual efectuó el préstamo pedido la mitad en dinero y la mitad en canarios.

«Conocemos, dice, á un jóven oficial que recibió de un impudente usurero mil canarios en pago. Poseer mil canarios y tenerse que ocupar de su alimento, era un caso apurado para un alférez; con mas facilidad habría gobernado mil luises... pero ¡mil canarios!... ¿quién encierra mil canarios en un bolsillo, y aun en una jaula?

» El pobre loco había encerrado esta cantidad *alada* en un cuartito dependiente del suyo; pero esta moneda singular que no sonaba, cantaba continuamente, y el ruido estrepitoso que producían aquellos gorgoros tenía en el mayor sobresalto á los vecinos de toda la casa.

» El tío del jóven, á quien era preciso ocultar mas que á nadie esta especulación, fué el primero que se alarmó con los tales conciertos; subió á la guardilla de su sobrino, y al punto averiguó la verdad del caso.

» Este buen tío era hombre de talento, y así es que se echó á reír y pagó las deudas del sobrino.

» Entonces el jóven no pensó mas que en sacar alguna utilidad de sus canarios. Su portera se encargó de vender dos docenas de ellos; su lavandera tomó unos pocos; despues quiso ser generoso y regalar los restantes, pero ni esto era fácil de hacer, pues era imposible dar mas de una pareja á cada familia conocida.

» Sin embargo, supo repartirlos con equidad en diferentes barrios: ofreció dos que eran muy bonitos á una actriz del Gimnasio, dos á una anciana que vivía de sus rentas, y cuatro á la niña del portero del ministerio de la Guerra; los niños gastan muchos pájaros, pero despues que hubo abastecido de canarios á todas las personas que conocía, á sus superiores, sus inferiores y sus amigos, le quedaban aun mas de los que hacen falta en una casa... ¿Qué hizo pues? Les dió la libertad.»

¿No es esta anécdota una de esas preciosidades literarias que no se desdeñaría de firmar el mas delicado de todos los poetas.

Un autor dramático francés muy conocido y muy aplaudido en varios teatros de París, M. Siraudin, ha dejado la carrera en que tanto ha brillado hasta ahora, y se ha hecho confitero.

Dícese que en esta empresa cuenta con la ayuda de un alto personaje, que le ha suministrado los fondos suficientes para poner un establecimiento que en lujo no tiene igual.

— ¿Porqué Siraudin se ha metido á confitero? se preguntan los parisienses.

La respuesta es sencillísima: — Porque quiere hacer fortuna.

Prueba evidente de que á pesar de todo cuanto se dice, el teatro da á los autores mas gloria que riqueza, cuando es que les da alguna de estas dos cosas.

La industria es hoy la gran vía de prosperidad y de porvenir; de todas las carreras desiertan á ella hombres que aspiran á poseer un palacio, rentas del Estado y lujosos carruajes.

Aquí está la suprema felicidad. Roger, el famoso tenor de la Opera, se ocupa en la explotación de un gran tejedor, de que se promete mas beneficios que de sus notas; así como la hermana de Rachel, Mlle Sarah Felix, tiene magníficos bancos de ostras por el lado de Cancale, que la producirán millones.

¿Porqué extrañar que Siraudin deje los bastidores y se entregue á los confites?

La inauguración de su casa, que ha tenido lugar en estos últimos dias, ha sido un acontecimiento en París; nada puede verse, en efecto, mas lujoso ni mas elegante. Los mostradores, las alfombras, las luces, los adornos, todo es allí de un gusto exquisito. Siraudin vende bombones ilustrados con las fotografías de las actrices de París, y sobre todo ha dado á luz una novedad que no dejará de ser apreciada en lo que vale. Se trata de flores naturales bañadas en azúcar y acameladas que conservan su color y su aroma; y ya hemos visto algunas elegantes comerse poco á poco su ramito de violetas de Parma durante las representaciones de la Opera y de los Italianos.

MARIANO URRABIETA.

### El clavel de la Ascension.

#### I.

¿Te acuerdas, hermosa niña,  
Niña hermosa como un sol,  
Te acuerdas de aquella tarde  
Primera de nuestro amor?  
Era en mayo: estaba el cielo  
Con su mas puro arrebol,

Tan bonito como tú  
Con tu vestido de gro.  
Juré yo entonces amarte  
Con todo mi corazón,  
Y tú al fin me respondiste:  
«El mio te entrego yo.»  
Y en prueba de tu cariño  
Quisiste darme una flor,  
Un clavel que yo á mis labios  
Llevé con adoración.  
Y te dije que sería  
Prenda eterna de mi amor  
El clavel que tú me diste  
El dia de la Ascension.

#### II.

Muchas tardes, niña hermosa,  
Fuimos en alegre union  
A ver del astro del dia  
El postrero resplandor.  
Y pasábamos las horas  
En dulce conversacion,  
Yo embriagado con tu acento,  
Tu pendiente de mi voz.  
Tus ojos languidecían  
Al mirarme con rubor,  
Y los míos destellaban  
El fuego de tu pasión.  
Y cuando ya de la noche  
Reinaba el débil fulgor,  
Con harta tristeza mia  
Te dejaba en tu mansion;  
Pero antes de despedirnos  
Besábamos con ardor  
El clavel que tú me diste  
El dia de la Ascension.

#### III.

¡Ay! que nunca echa raíces  
La dicha en el corazón,  
Mientras que en él es eterna  
La semilla del dolor.  
Tú que en mayo me quisiste,  
Me hiciste en julio traicion;  
Fué una nube tu cariño  
Que rápida se alejó.  
Pero esa nube que flota  
Del cielo en la alta region,  
Para mí, niña, destila  
Gotas de amargo sabor.  
Yo la veo y la bendigo,  
Que era mi bella ilusión;  
Y no me atrevo á perderla  
Ni á darla el último adiós.  
Como no lo daré nunca  
A esta pobre y mustia flor,  
Al clavel que tú me diste  
El dia de la Ascension.

#### IV.

Bien sé que un clavel yamustio  
Sin frescura ni color,  
No merece por sus galas  
Tan firme veneración.  
Bien sé que en sí es una joya  
De muy escaso valor;  
Pero no te pese, niña,  
Que lo juzgue un rico don.  
Que este clavel sin aromas,  
Sin galas, sin esplendor,  
Tuvo un tiempo su belleza,  
Tambien un dia brilló.  
Que fué este clavel, hermosa,  
La prenda de nuestro amor,  
El clavel que tú me diste  
El dia de la Ascension.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

### Roma.

La primera de las vistas que damos aquí de la ciudad de Roma ofrece todo lo que queda de un antiguo templo destinado á consagrar la mística union de Roma divinizada y de Vénus; por eso le llamaban el templo de Vénus y Roma.

El edificio doble como su nombre se componía de dos naves cuyas tribunas pegadas una á otra, eran de forma hemisférica. La que vemos aquí estaba consagrada á Vénus y mira al Coliseo. La otra que existe actual-

mente en el jardín de un convento contiguo, se encuentra hacia el lado del *Forum*.

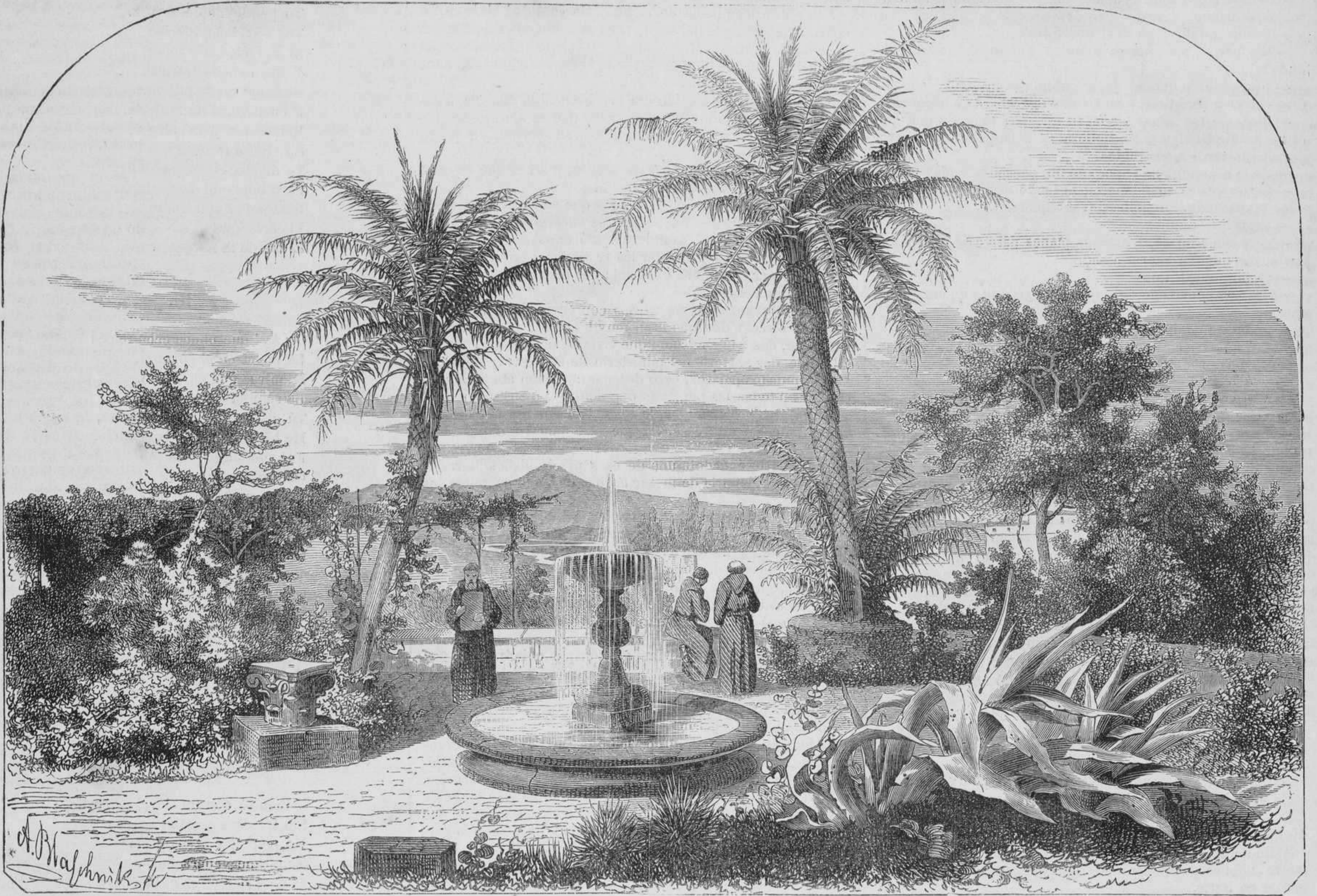
El emperador Adriano, poeta de un gusto amanerado ya, pero digno de elogio, había concebido la idea de este edificio, que no dejó completamente satisfecho a Apollodoro, un arquitecto del anterior reinado. Dos defectos halló en él, dice la historia, y sus críticas debieron ser muy justas, pues las pagó con su vida. Y sin embargo dudamos que haya ruinas más graciosas y más propias para recordar que *Amor* fué uno de los misteriosos nom-



RUINAS DEL TEMPLO DE VENUS Y ROMA.

bres de Roma, como es el anagrama de la palabra *Roma*.

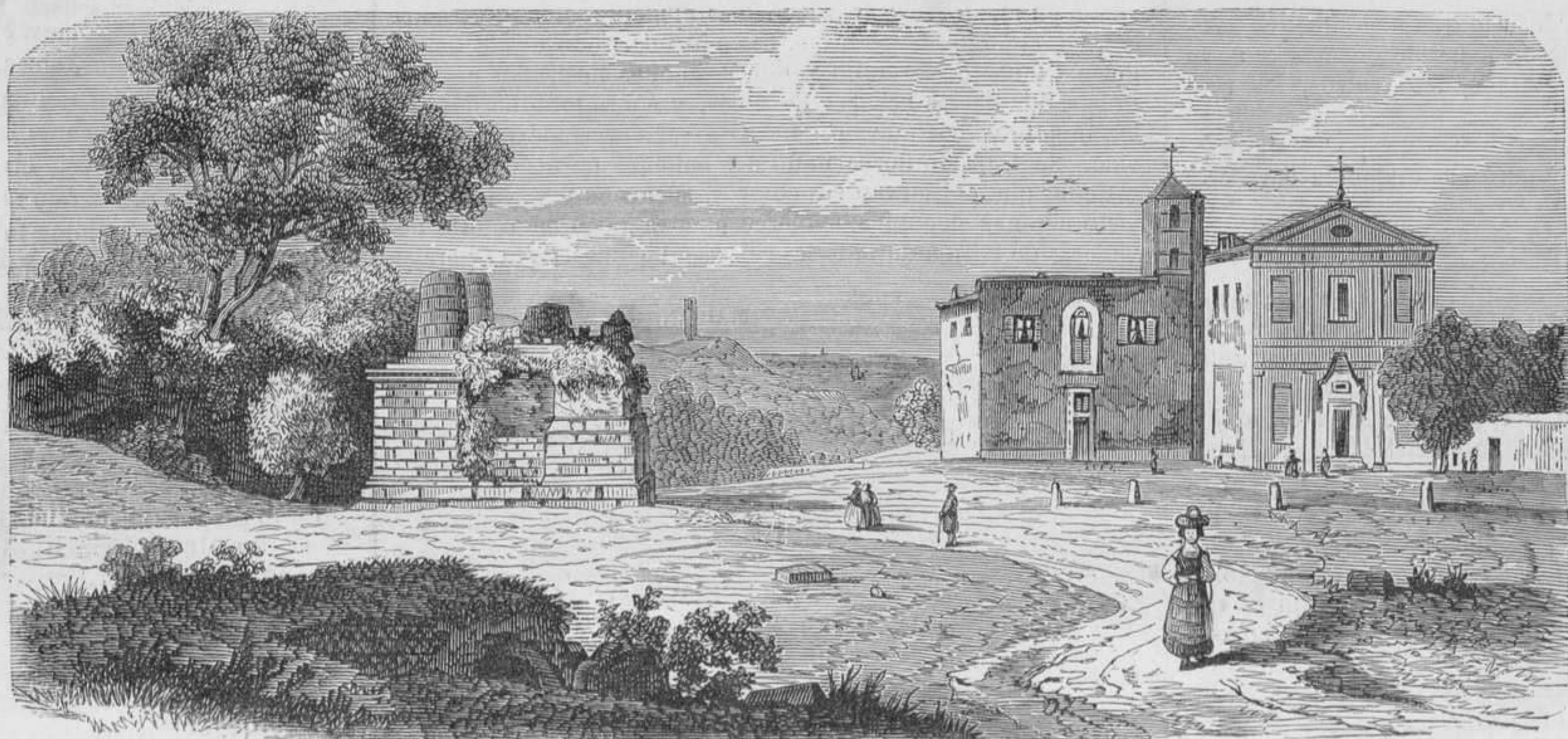
Los enormes trozos de columnas esparcidos por el suelo, provienen del doble pórtico que rodeaba el templo de Vénus y de Roma. Un poco más atrás se eleva un convento contiguo a la iglesia de Santa Francisca Romana, con el campanario bizantino de esta iglesia, una de las más antiguas, pero no de las más curiosas de Roma. Apenas se ve otra cosa notable que un bajo-relieve de Olivieri, representando la vuelta de la Santa Sede a Roma al cabo de setenta



JARDIN DEL CONVENTO DE SAN BUENAVENTURA EN EL PALATINO.

y dos años de destierro.

A la derecha de estos edificios y de un camino que pasa por debajo de los arcos, hay tres bóvedas colosales, designadas durante mucho tiempo con el nombre del templo de la Paz. Hoy se dice que es una basílica elevada por Maxencio, que después de la victoria que Constantino alcanzó contra él, tomó el nombre de Vencedor. Los tres arcos que quedan no eran en cierto modo más que unas capillas laterales en aquella inmensa basílica, cuyo antiguo revestimiento de mármol está adherido aun al ladrillo en mu-



SEPULCRO DE LOS HORACIOS Y CURIACEOS EN ALBANO.

chas partes. La bóveda de la nave principal se hallaba sostenida por ocho columnas de una sola pieza de 44 pies de altura y de 19 pies de circunferencia. Una de esas columnas, de un corte verdaderamente admirable, fué trasportada por orden del papa Pablo V a la plaza de Santa Maria la Mayor, donde coronada con una estatua de la Santa Virgen domina una fuente.

El templo de Vénus y Roma no está separado del monte Palatino más que por la via Sacra, llamada así por los sacrificios que



EL ARCO DE TITO.

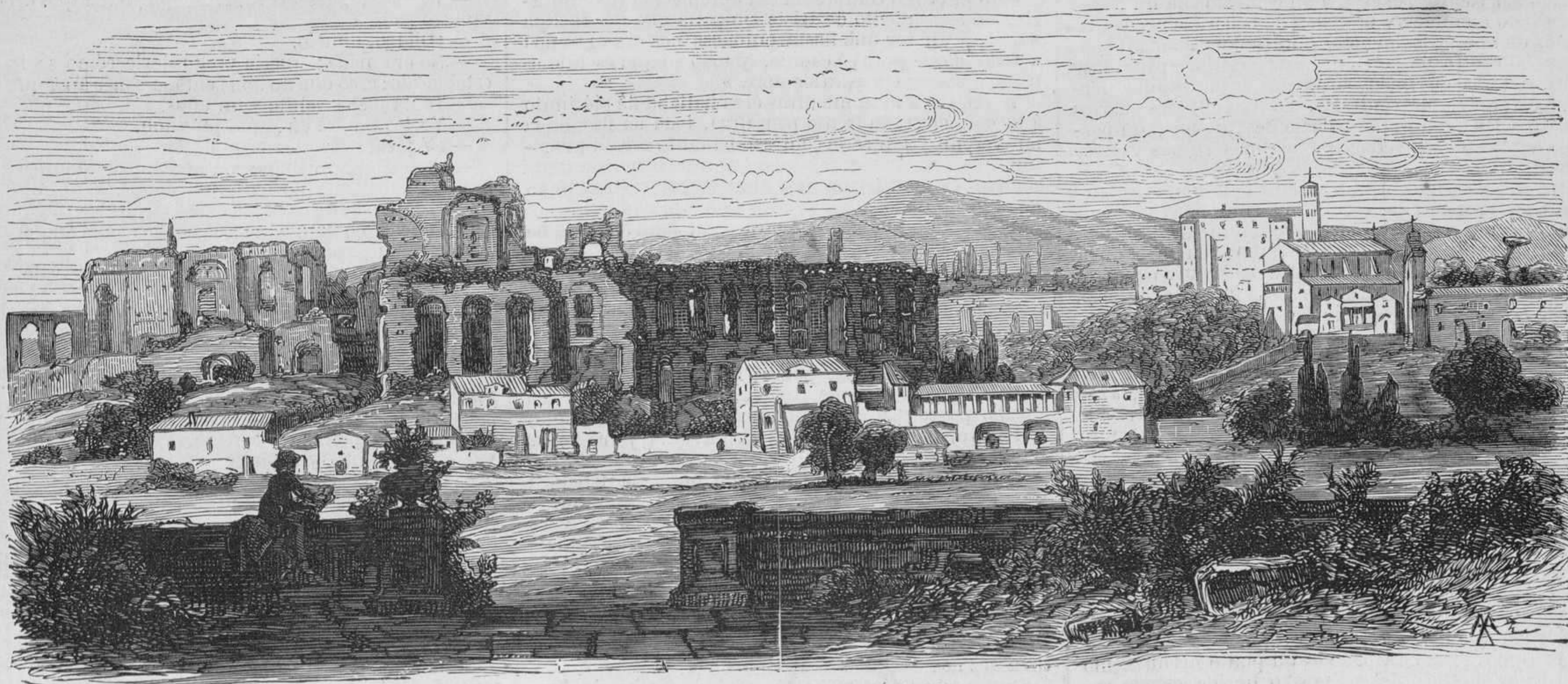
sancionaron el tratado de paz y alianza concluido entre Rómulo y Tacio. Esta vía, en nuestro cuarto grabado, pasa por debajo del arco de triunfo de Tito elevado por el Senado y por el pueblo romano, según la fórmula sacramental en honor del vencedor de Jerusalén. Aquí, á falta de otras noticias, el destino se conoce en la ornamentación. Todo el mundo conoce al menos por grabados o fotografías los dos bajo-relieves de mármol pentélico, de los cuales el uno representa á Tito en un cuádriga con Roma por *amilla*, y el otro la pompa triunfal en que figuran entre otros despojos los vasos sagrados, la mesa del sacrificio y el famoso candelabro desiete ramales del templo de Jerusalén. Aunque están mutilados, estos bajo-relieves son considerados como la ob



LAGO DE ALBANO.

maestra de la escultura greco-romana y como uno de los tipos de perfección en el bajo-relieve.

A la izquierda de este monumento y de la vía Sacra, volviendo la espalda al Coliseo, todas las construcciones que se ven en nuestro grabado se elevan sobre el Palatino, la mas considerable de las colinas comprendidas en la ciudad de Roma, de esas colinas cuyo número ha crecido de siete á doce por el ensanche sucesivo de la ciudad. El monte Palatino cuya forma se asemeja á la de un trapecio, tiene unos 2,100 metros de circunferencia y 52 metros de altura sobre el nivel del mar; por estas dimensiones se puede conocer el pequeño puesto que ocupan en la tierra esos montes que justamente ocupan un puesto tan grande en la historia.



ANTIQUO PALACIO DE LOS CÉSARES.

El nombre de este tiene su etimología en la parte de la historia romana que con mas fundamento se puede calificar de fabulosa. Sesenta años antes de la guerra de Troya, Evandro, cuyo nacimiento y vida son objeto de dos tradiciones distintas en algunos puntos, obligado á dejar la ciudad de Pallanta en la Arcadia, edificó en las márgenes del Tiber á la falda del Aventino una ciudad que llamó *Pallantæa*. De aquí segun la mayor parte de los historiadores el nombre de *mons Palatinus*, dado á la colina sobre la cual levantó Rómulo su Roma cuadrada (*Roma quadrata*), á pesar de la oposicion y de los sarcasmos de su hermano. Este la queria en el Aventino, mas favorable en apariencia, abundante en maderas y en aguas, y apenas separado del Palatino por un barranco donde corria un arroyuelo, pero que ya parecia alzarse contra él en antagonista. Este mismo Aventino, en efecto, ocupado por Roma y sus partidarios, bajo malos auspicios bien justificados mas tarde, se convertirá luego en asilo de los plebeyos sublevados contra la autoridad del patriciado instituido por Rómulo.

Remo fué enterrado en el Aventino, en el mismo lugar donde habia levantado una especie de campo fortificado y que queria hacer prevalecer para la ciudad nueva. Rómulo permaneció en el Palatino y Tacio en el monte *Capitolino*. Entre ellos estaba el *Intermontium*, asilo abierto que fué despues el *Forum*. Todos los reyes de Roma, excepto los dos últimos, habitaron en el Palatino; por eso en los primeros tiempos de la república, los personajes en quienes recelaban aspiraciones á la soberanía, se guardaron de elegir una morada en aquella colina llamada tambien monte Real. Poco á poco sin embargo, se elevaron las casas que eran cada vez mas bellas y espaciosas de Flavio Flacco, de Lucio Crasso, de Hortensio, de Ciceron, de Catilina, de Marco Antonio, de Claudio Neron, padre del emperador Tiberio, y de otros romanos ilustres entre los cuales se puede contar á los Gracos.

Octavio Augusto, nacido tambien en el Palatino, restauró allí la casa paterna que habia sido destruida en un incendio. La modestia que afectaba no le impidió hacer allí un palacio mas grande y suntuoso que el primero. Aumentado con un pórtico, una biblioteca y un templo de Apolo, donde la estatua en bronce de este dios tenia 50 piés de altura, miraba de frente al Aventino. La colina democrática nada dijo esta vez; le bastaba que el palacio de César Augusto se levantase sobre las ruinas del patriciado.

Tiberio y Calígula le dieron mas ensanche. Este último le puso al nivel del Capitolio por medio de un viaducto que destruyó Claudio. Neron despues de haberle convertido en una residencia tan magnífica que la llamaron la Casa de Oro, agregó á él los montes Celio y Esquilino, que ya no fueron mas que pintorescos accidentes de terreno en el parque de aquel grande artista. Vespasiano y Tito le redujeron á sus antiguas dimensiones, y con los restos de las construcciones de Neron, elevaron el Coliseo.

Devastado por Alarico y Genserico, restaurado en parte en tiempo de los últimos emperadores, y arruinado en fin completamente durante los desórdenes de la edad media, en la actualidad no queda del palacio de los Césares mas que unas ruinas, de las cuales las mas importantes figuran en nuestro sexto dibujo. Estas ruinas limitan al sudeste el seminario inglés.

Al extremo opuesto del monte Palatino, en medio de contrafuertes modernos, construidos á espensas de los antiguos, se abre la bonita puerta de Vignole, que conduce á los jardines Farnesio, hoy entregados á un abandono que no carece de encanto para el paseante. Una especie de fonda mas que modesta (no me atrevo á decir taberna), se ha establecido en las alturas con hermosas bóvedas antiguas que sirven de cuartos. Allí al abrigo del viento y del sol, y en compañía de un frasco de orvioto que no hay precision de beber, se puede disfrutar de uno de los mejores puntos de vista de Roma.

Mas al centro de la colina está la villa Spada, hoy Mills, rodeada de lindos jardines á la inglesa que forman un agradable contraste. Se ven allí tres cuartos casi intactos del antiguo palacio de Augusto, un pórtico con frescos de Rafael, y algunas ruinas interesantes.

Por último, en el mismo monte Palatino, casi enfrente del arco de Tito, está el convento de San Buenaventura, uno de los que se hallan en mejor situacion, célebre por la vista que se disfruta desde su huerta, por sus fuentes, y sobre todo por dos hermosas palmeras que le designarán suficientemente á nuestros lectores.

En Albano, pueblecillo de las cercanías de Roma, se pueden ver los restos de un mausoleo, que se ha creído sucesivamente de los Horacios y Curiaceos, de Aruns, hijo de Porsenna, y por último de Pompeyo, cuyas cenizas fueron depositadas, dice Plutarco, en su casa de Albanum. Las cinco pirámides ó conos de que se compone el monumento aludian en este último caso, á las cinco grandes victorias del vencido de Farsala. Pero ¿porqué no habian de aludir á las cinco víctimas del triple duelo que decidió la suerte de Roma? El carácter etrusco del mausoleo de Albano y la piedra (*peperino*) de que está construido abogan tambien en favor de una atribucion que es y será la mas popular de todas.

Sea como quiera, Albano es un punto hermosísimo para pasar el estío; y es así mismo uno de los mas estimados por su salubridad, la belleza de sus sitios, y

la frescura del pequeño lago de Castel Gandolfo ó de Albano. Este lago en miniatura, de forma casi ovalada, llena el cráter de un antiguo volcan. Tiene un canal de media legua de largo, que abierto por debajo de la montaña, manifiesta con sus dos mil y tantos años de existencia, aquella fuerza de voluntad romana que debia someter al universo. A. D. B.

## UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

El lunes por la mañana oímos en la escalera esos pasos pesados que todo hombre ha podido oír ó oír quizá un dia... y luego resonó el martillo... Mrs. Tod entró á decirnos que todo estaba acabado.

— El entierro tendrá lugar muy pronto; dije yo á mi amigo; ¿qué hará ella entonces? ¡Pobre criatura! No me respondió.

— ¿Sabes si tiene alguna fortuna?

— Lo ignoro.

Sus respuestas eran breves y significativas; pero yo no podia menos de repetir mis preguntas sobre la pobre huérfana.

— ¿No tiene ningun pariente, ningun amigo que pueda venir á su lado en tan triste dia?

— ¿No os acordais que ha dicho que ni un solo amigo la quedaba en el mundo?

John pronunció estas palabras con una especie de triunfo como si hubiera hecho su felicidad el aislamiento de la huérfana.

Nos interrumpió la llegada de Mrs. Tod, quien venia á pedir á John que la acompañara al cuarto de miss March.

— ¿Yo solo? exclamó John con sorpresa.

— Vos solo; necesita hablar á alguien sobre el entierro, y yo la dije: « M. Halifax es el mejor gentleman que yo conozco; » y ella respondió: « Si no le incomodara venir... » Y...

— Decidla que voy al punto.

Un momento despues volvió con aire muy sério.

— Phineas, luego os lo diré todo; ¡ahora estoy muy turbado!... ¡Es tan extraña la confianza que me demuestra!...

Me contó lo que habia pasado; cómo lo habia arreglado todo con Mrs. Tod, y cómo la pobre jóven se habia mostrado serena y animosa.

— ¿Pero de veras no tiene á nadie que la pueda ayudar?

— A nadie absolutamente. Habria enviado á buscar á M. Brithwood, pero estaba mal con su padre, y me ha dicho que preferia pedirme este favor, porque su padre me queria y veia en mí la imagen de su Walter.

— ¡Pobre M. March! quizá está con Walter ahora. Pero dime, John; eres muy jóven aun; ¿podrás hacer frente á todo?

— Ella así lo cree, pues me trata como á un hombre de cuarenta años. ¿De veras parezco tan viejo y tan grave, Phineas?

— A veces; ¿y el entierro?

— Será muy sencillo; quiere asistir á él, y desea que la acompañemos Mrs. Tod, vos y yo.

— ¿Dónde le enterrarán?

— En el campo santo que está aquí cerca y que hemos visitado tantas veces. ¡Ah! Phineas, no podiamos pensar que tan pronto dariamos sepultura á nuestro difunto.

— No es nuestro difunto á Dios gracias.

Pero al punto comprendí esa apropiacion involuntaria, ese sentimiento de triste simpatía que nos inclina á decir á un ser que hasta entonces nos era extraño: « Todo lo que es tuyo es mio, y todo lo que es mio es tuyo, desde hoy y para siempre. »

Yo miraba á John mientras él se hallaba de pié junto á la chimenea: su frente pensativa, toda su fisonomía tan varonil y tan seria contrastaba tanto con su juventud, que cesé de sorprenderme de que inspirase tanta confianza á la huérfana. Dos corazones se revelan prontamente uno á otro en la hora de la afliccion.

— ¿No te ha hablado de otra cosa, John? ¿no te ha dicho nada de sus negocios?

— Nada; pero segun lo que he oido á Mrs. Tod, temo que apenas tenga para vivir.

Y mi amigo trató en vano de disimular cierta satisfaccion al pronunciar estas palabras.

— ¡Pobre miss March!

— ¿Porqué llamarla pobre? No es una de esas mujeres á quienes se debe compadecer, sino honrar. Lo mismo pensariais si la hubiésteis visto esta mañana, tan dulce, tan resignada, tan animosa... (¡y sus labios temblaron!)

— Creo que Ursula March puede hacer la felicidad de un marido.

Estas palabras, ó quizá el suspiro sofocado que las acompañó, hicieron estremecer á John, pero guardó silencio.

En todo lo demás del dia no volvimos á tocar este asunto.

Dos dias despues nuestro pequeño cortejo fúnebre pasó por la puerta adornada de rosales, donde por última vez nos habiamos despedido de M. March.

Seguimos su féretro hasta el campo santo de Enderly.

La hija del difunto marchaba delante sostenida por Mrs. Tod; yo iba detrás con mi amigo.

De este modo acompañamos á su última morada al extraño que habia llegado á ser y que fué siempre desde entonces, como lo habia dicho John, *nuestro difunto*.

Volvimos á casa con la huérfana.

La jóven habia caminado con paso firme y se habia mantenido inmóvil cerca de la tumba con su capucha caída sobre el rostro; pero cuando llegó á la puerta de la casa de las Rosas, y echó una rápida mirada á la ventana que fué la de su padre, tembló y Mrs. Tod la sostuvo maternalmente en sus brazos.

— Alejémonos, Phineas, me dijo mi amigo con una voz sofocada.

Pasamos todo lo restante del dia en la sala de M. March. Tratamos de continuar nuestras ocupaciones y de persuadirnos que aquel era un dia como otro, uno de nuestros antiguos hermosos dias de Enderly; pero era imposible; un gran cambio se habia operado en nuestro derredor; parecíanos que habia trascurrido un año desde el sábado en que tomamos el té con tanta alegría bajo la sombra de los árboles.

No oímos hablar de miss March en lo demás del dia. A la mañana siguiente nos dió gracias por Mrs. Tod, por las bondades que la habiamos manifestado. La jóven se resentia al fin de tantas veladas y fatigas, y sin estar enferma, se veia obligada á no salir del cuarto.

En los tres dias siguientes, al salir al encuentro á mi amigo cuando regresaba de Norton-Bury, observé que su primera mirada despues de salir de la calle de los plátanos, era para la ventana del cuarto que habia ocupado yo.

Entonces le comuniqué, sin que me preguntara, lo que me habia dicho Mrs. Tod sobre el estado de la jóven. Mi amigo me escuchó en silencio y luego habló de otra cosa. En los tres dias que siguieron rara vez pronunció el nombre de miss March.

Al cuarto dia le pregunté si habia hablado á mi padre de lo que habia ocurrido.

— No, me respondió con cierta sorpresa.

Y al cabo de una pausa añadió:

— ¿Deseais que se lo diga? Se lo diré.

— ¡Oh! no; se interesa muy poco por los extraños. John se paseó un instante por el aposento y luego me dijo:

— Hoy regularmente volveré muy tarde; deseo hablar á vuestro padre.

Era fácil ver que algo le preocupaba.

— ¡John!

— ¿Qué quereis, amigo mio?

— ¿No me dirás lo que quieres pedir á mi padre?

— Esta noche quizá... pero bien mirado, ¿qué tengo que decir? Nada.

— Lo que te concierne nunca puede ser *nada* para mí.

— Lo sé, dijo mirándome afectuosamente.

Y luego salió del aposento.

Cuando volvió parecia estar mucho mas alegre; tenia su látigo en la mano y me dijo que saliera á admirar su caballo favorito.

— Le admiro, John, lo mismo que á su amo. Cuando estás á caballo pareces un jóven jinete de la edad media; podria ser que « Guy Halifax, gentleman » tuviese en sus venas antigua sangre normanda.

Era una alusion peligrosa; John se puso encarnado, y temí un instante haberle incomodado.

— No, exclamó, eso no significaria nada absolutamente... nada, nada. Soy lo que Dios me ha hecho, y lo que yo me haré, con su ayuda.

Y partió no sin echar una mirada de reojo hácia la ventana de aquel cuarto donde descansaba triste y solitaria la infeliz huérfana.

Aquella noche en el momento de retirarnos me dijo con una sonrisa casi triste:

— Phineas, ¿deseais saber lo que tenia que decir á vuestro padre?

— ¡Oh! sí, dimelo.

— No era nada; queria preguntarle cómo se habia establecido; creo que no tenia entonces mas años que yo.

— Tenia justos veinte y un años.

— Yo los tendré en junio próximo.

— ¿Y piensas establecerte por tu cuenta?

— Imposible, respondió con una amarga sonrisa; no hay comercio que no exija un capital, y el único de que yo entiendo un poco, le exige y muy considerable. No, Phineas, no haré daño á la tenería en el año próximo; mi capital se reduce á cero.

— ¿Llamas cero tu juventud, tu salud, tu valor, tu honra, tu probidad, etc.

— Todo eso no es dinero; y vuestro padre me ha dicho terminantemente, que sin dinero un curtidor nada puede hacer.

— A menos que no se asocie, como él hizo, y que sus servicios suplan un capital. Es verdad que mi padre en un principio ganó muy poco, casi lo mismo que ganas tú ahora, pero supo arreglarse de manera que vivió decentemente, y hasta se pudo casar mas tarde.

Al pronunciar estas últimas palabras no quise mirar á John. Él no me respondió; pero un momento despues se acercó á mí, y apoyándose en el respaldo de mi silla, me dijo:

— Phineas, sois un buen consejero, un hermano que me ha dado el cielo en la adversidad. Me inquieta mucho mi porvenir desde hace algun tiempo, pero quiero tener ánimo. Un dia quizá ni vos ni nadie tendrá que sonrojarse por mí.

— Tampoco es posible que suceda hoy viéndote y reconociéndote tal como eres.

— Sí, como John Halifax; no, como el aprendiz de cur-

tidor. ¡Ay! amigo, tengo un torcedor en las entrañas. Aquí olvido todo lo que me es desagradable, pero así que me encuentro en Norton-Bury... está muy mal hecho... debería combatir esta idea... Hablemos de otra cosa.

— ¿De miss March? Hoy ha estado mucho mejor.

— ¿De ella? No; no hablemos de ella esta noche, repuso con una voz agitada... me parece que tengo aun el olor del cuero en mis manos... Dadme una luz.

El día siguiente era domingo.

Después que las campanas llamaron á los fieles al servicio matutino, vimos pasar por delante de nuestra ventana una persona velada de negro. ¡Pobre joven! ¡Iba sola á la iglesia!

La seguimos de cerca, pero tuvimos cuidado de que no nos viese ni durante el servicio ni después.

Luego no la volvimos á distinguir en todo el día.

En la mañana siguiente Mrs. Tod vino á decirnos que miss March recibiría con mucho gusto nuestra visita.

La hallamos sentada en la sala comun. Estaba pálida, pero muy serena. La pesadumbre la había dado cierta dignidad que á pesar de su extremada juventud y de la nuestra la envolvía, digámoslo así, con un escudo mucho más seguro que todas las vanas conveniencias del mundo.

Cuando se levantó y nos tendió la mano en silencio, ¿quién habría podido permitirse una sola reflexión ofensiva para la joven ó para nosotros? Parecía haber dominado su pesar, ó al menos parecía que le había enterrado en el secreto de su corazón. Quizá también (no debe exigirse de la naturaleza más de lo que ella concede), quizá también la gran diferencia de caracteres y de sentimientos que existía entre miss March y su padre, la hacía su pérdida menos dolorosa, sin que ella la sospechara. Luego era muy joven, y la juventud, cuya desesperación es tan violenta, no puede desesperarse siempre.

Ví pues con satisfacción que miss March estaba serena.

Habló mucho á mi amigo, y de un modo sencillo y natural. Le hablaba como á un amigo que merecía toda su gratitud.

John por el contrario parecía estar violento; pero esta violencia desapareció poco á poco, gracias al carácter franco y sencillo de miss March.

La preguntó... no, creo que fui yo quien hice la pregunta, cuánto tiempo pensaba permanecer en Enderly.

— No puedo asegurarlo. Se me figura haber oído decir en otro tiempo que mi primo Ricardo Brithwood estaba nombrado mi tutor... pero mi padre... creo que esto ha debido cambiarse, y me alegraré mucho. ¿Conoceis el pueblo de Norton-Bury, M. Halifax?

— Vivo en él.

— ¿De veras? exclamó con cierta sorpresa. ¿Entonces conoceis á mi primo y á su mujer?

— No, pero los he visto á menudo.

John hizo todas estas respuestas sin alzar los ojos.

— ¿Podriais decirme francamente qué clase de persona es lady Carolina? Yo no sé nada de ella.

Era difícil responder á esta pregunta tan categórica hecha por la inocente joven, pues habían circulado en Norton-Bury muchos rumores malévolos sobre la mujer del joven squire, que se había casado en Nápoles, donde ella vivía con la muy famosa lady Hamilton.

— Sin duda sabeis que era lady Carolina Ravenel, hija del conde de Ludmore.

— Sí, sí, eso no me interesa; no conozco á lord Ludmore; quisiera saber lo que ella es.

John vaciló, y luego respondió con la reserva que la verdad autoriza:

— Dicen que es muy buena para los pobres, amable y muy benévola. Pero si me está permitido decir mi modo de pensar, no creo que sea la amiga que miss March elegiría, ó á quien quisiera deber ningún favor.

— ¡Oh! No se trata de eso; únicamente si lady Carolina fuese una persona segura, podría ayudar grandemente con sus consejos á una joven de diez y siete años, que es al mismo tiempo una heredera, según creo.

— ¡Una heredera! (John se puso muy encarnado y luego muy pálido) yo... perdonadme... no lo había creído... Permitidme que os manifieste el placer que siento...

— El dinero no me hace nada, interrumpió ella suspirando; Jane Cardigan me ha dicho siempre que las riquezas traen consigo muchos cuidados... ¡Pobre Jane! quisiera poder volver á su lado... pero ¡es imposible!

A estas palabras siguió un largo silencio.

— Se pueden hacer tantas cosas con una gran fortuna, exclamé yo.

— Sí por cierto; ignoro si la mía es considerable; nunca he comprendido los negocios de dinero; creo únicamente lo que he oído decir. Sea como quiera, que mi fortuna sea grande ó pequeña, trataré de hacer de ella un buen uso.

— Estoy convencido de ello.

John no decía nada, pero sus ojos, aunque tristes, lanzaban destellos de una ternura orgullosa al mirar á la joven.

Muy luego se levantó para despedirse.

— No os vayais todavía; tengo muchas cosas que preguntaros acerca de Norton-Bury; no me figuraba yo que quedarais allí; ¿y vos, M. Fletcher, también estais?

Yo respondí afirmativamente.

— ¿En qué parte del pueblo?

— En el camino de Coltham, cerca de la abadía.

— ¡Ah! ¡Las campanas de la abadía!... ¡cómo las es-

cuchaba yo de noche cuando el dolor me tenía despierta!

— ¿Qué dolor? preguntó John con interés.

Miss March se sonrió; era casi la sonrisa de otro tiempo.

— Ahora está olvidado, aunque entonces padecí mucho. Me había hecho una cortadura peligrosa en la muñeca con un cuchillo grande en una lucha que había sostenido con la criada.

— ¿Cuándo sucedió eso? preguntó John con presteza.

Yo nada decía; lo había adivinado. ¡Ay! la suerte parecía encarnizarse con mi pobre amigo. Yo no podía hacer más que callarme y observar.

— ¿Cuándo sucedió? Hace cinco... seis años... pero ¿qué importa?

— Importa, sí; contadnos...

— Pues bien, ya que queréis saberlo, fué por mi terquedad; yo era muy testaruda cuando niña; no querían permitirme que tomara un pedazo de pan que quería dar á un pobre niño.

— Que estaba en una callejuela... cuando llovía... ¿no es verdad?

— Sí... pero ¿cómo podeis saber?... Parecía tener hambre, y eso me partía el corazón.

— ¿De veras? murmuró John.

— Mucho he pensado en él después al ver esta señal.

— ¿Queréis permitirme que la vea?

Y tomando la mano de la joven apartó suavemente la manga y descubrió en la muñeca una honda cicatriz; luego sin decir una palabra, sin despedirse salió del aposento.

## XV.

Yo me quedé solo con miss March. La joven miró á la puerta por donde mi amigo había desaparecido, con un aire que no estaba exento de cierta confusión.

— ¿Qué significa eso, M. Fletcher? ¿Le habré ofendido sin saberlo?

— No por cierto.

— ¿Porqué se ha marchado?

Esta pregunta tan sencilla en sí, tenía sin embargo tales consecuencias, que comprendí que no tenía derecho para responder; pero al mismo tiempo me repugnaba emplear un subterfugio haciendo una respuesta ambigua á miss March, de modo que la dije francamente:

— Sé porqué, pero no puedo deciroslo; creo que John preferiría responderos á su gusto.

— Como queráis, respondió miss March con frialdad; y luego me hizo mas preguntas acerca de Brithwood y de Norton-Bury. Yo respondí sin rodeos, aunque evitando el darle la menor noticia sobre nosotros.

Poco después viendo que John no volvía me despedí de miss March y me dirigí á nuestra sala.

John no estaba en ella. Había encargado á Jack que me dijera que había ido á dar un paseo muy largo, y que no volvería hasta la hora de comer; pero llegó esta hora y yo debí sentarme solo á la mesa.

Era la primera vez que John faltaba á su promesa, aun tratándose de cosas insignificantes, como era aquella; pero mi corazón se oprimió. Pasé un día muy triste; no me decidí á salir á buscarle, temiendo que nuestro aposento no le pareciera triste y desierto si por acaso llegaba antes que yo; ¿no era preferible que hallase en él una buena lumbre... y un amigo?

Un amigo, un hermano que durante seis años le había amado sobre todo cuanto hay en el mundo. Pero ¿qué podía yo hacer ahora?

Aquella tarde un hermoso carruaje con cuatro caballos se detuvo delante de la puerta. Al instante le reconocí; el carruaje estaba vacío, pero la doncella de lady Carolina Brithwood estaba sentada en la trasera, y su paje napolitano se apeó con una carta para miss March.

Yo me alegré de que John no estuviera en casa, y celebré también que el carruaje se marchara antes de su vuelta.

No asomé hasta la caída de la tarde. Yo estaba sentado cerca de la ventana desde donde miraba mis cuatro álanos que se alzaban como cuatro gigantes, cuando le ví atravesar el cerro. Dí un paso para salir á su encuentro, pero me detuve y me contenté con avivar la lumbre.

John entró.

— ¡Qué hermosa lumbre! Pienso que no me habreis esperado, Phineas. ¡Hola! tenemos té; en hora buena; he andado mucho y estoy cansado.

— ¿Dónde has ido?

— Hasta Nunnely-Hill; tengo que llevaros un día. La vista es asombrosa, y como dice Mrs. Tod citando una balada de esta tierra, se pueden contar desde allí en el horizonte veinte y tres campanarios de iglesias.

Después del té quise que mi amigo tomara mi sillón, diciéndole que después de haber andado tanto con aquel tiempo debía tener frío.

— ¡Oh! No, tocad mi mano (estaba ardiendo); pero estoy muy cansado, dijo reclinándose en el sillón y cerrando los ojos.

— ¿Porqué has salido solo? Hasta ahora siempre hemos ido juntos.

Me miró sonriendo; pero la sonrisa se borró luego; ¡ay! yo no era ya bastante para su felicidad.

Guardamos silencio... Yo estaba persuadido de que acabaría por abrirme su corazón; pero el momento no había llegado todavía.

A las nueve Mrs. Tod entró con la cena. Siempre te-

nia algo que decimos desde que los últimos sucesos habían establecido tanta confianza entre los habitantes de la casa de las Rosas.

Aquella noche no la faltaban las noticias.

Había estado muy ocupada en hacer los baules de la pobre miss March, aunque á decir verdad, no sabía porqué la llamaba pobre. ¡Quién habría creído nunca que M. March estaba emparentado con tan ilustre familia! Aquel coche magnífico que yo había visto era de lady Carolina, que le había enviado á miss March; pero ella no había querido marcharse.

— Ahora está ya decidida, añadió la buena mujer; se marcha mañana.

Mientras Mrs. Tod nos contó todo esto, John la ayudaba como de costumbre, á cerrar las ventanas. Se quedó con la mano apoyada en el hierro hasta que salió; luego se adelantó con paso vacilante hasta la chimenea, y se apoyó ocultándose el rostro con entrambas manos.

Ahora ya no trataba de disimular; estaba vencido, no por un primer capricho, sino por un primer amor.

Cambiamos una mirada que nos dispensaba de toda explicación, y guardamos silencio durante un cuarto de hora.

— ¡John! exclamé yo al fin.

— ¿Qué queréis?

— Esto tenía que suceder.

— Es verdad.

— Si quisieras hablarme, quizá te aliviarías.

— No ahora; necesito salir; necesito aire... me ahogo.

Y salió corriendo después de haber vacilado un instante; yo también salí.

Tenia como un presentimiento de que se encontraría en la altura, en su azotea, como él decía, donde había encontrado por primera vez á miss March. Allí me dirigí por el camino más corto, aunque no sin tropezar á menudo en la oscuridad.

John no estaba allí, y si hubiese estado me habría costado mucho trabajo distinguirlo; no veía más que el cerro sombrío y negro, y mas abajo la niebla que se elevaba por encima del valle.

De repente me acordé haber oído decir á Mrs. Tod que era muy peligroso para los forasteros el pasearse en las cercanías de Enderly cuando hacia oscuro, por las muchas canteras abiertas que hay por todas partes.

Un horrible temor se apoderó de mí y comencé á gritar llamando á mi amigo.

Pero nadie me respondió; desesperado continué andando y llamando á mi amigo, hasta que acabé por caer en uno de los antiguos fosos romanos que cortan el cerro.

Oí pasos precipitados; una persona se acercó y me levantó.

— ¡Oh! ¡John! ¡amigo mio!

— ¡Phineas! ¿Sois vos? ¿Porqué habeis salido con esta horrible noche?

— ¿Y tú porqué has salido solo?

— He hecho mal, dijo repetidas veces con una voz quebrantada, pero no sabía lo que hacía; ahora estoy mejor, vámonos.

Y me pasó el brazo por el cuerpo para preservarme del frío.

Llegados á la casa se sentó tranquilamente á la lumbre; parecía estar mas tranquilo, aunque estaba pálido como un difunto, y su voz no temblaba cuando me habló de ella.

— Se marcha mañana; ¿estais seguro de que se marcha?

— Lo creo así; ¿la volverás á ver?

— Si ella quiere, sí.

— ¿La dirás alguna cosa?

— No; si he creído durante un momento, cuando ignoraba todo lo que sé hoy, que tendría bastante valor para vencer todos los obstáculos, conozco ahora que sería una locura... hasta una cobardía pensar en ello. Ahora bien, yo no quiero ser ni un insensato ni un cobarde, quiero ser un hombre.

¿Qué responder á estas palabras pronunciadas con tanta calma!

— ¿No os ha dicho nada? ¿No os ha preguntado porqué la dejé esta mañana de aquel modo?

— Sí, pero la he respondido que probablemente tú la darías tus razones.

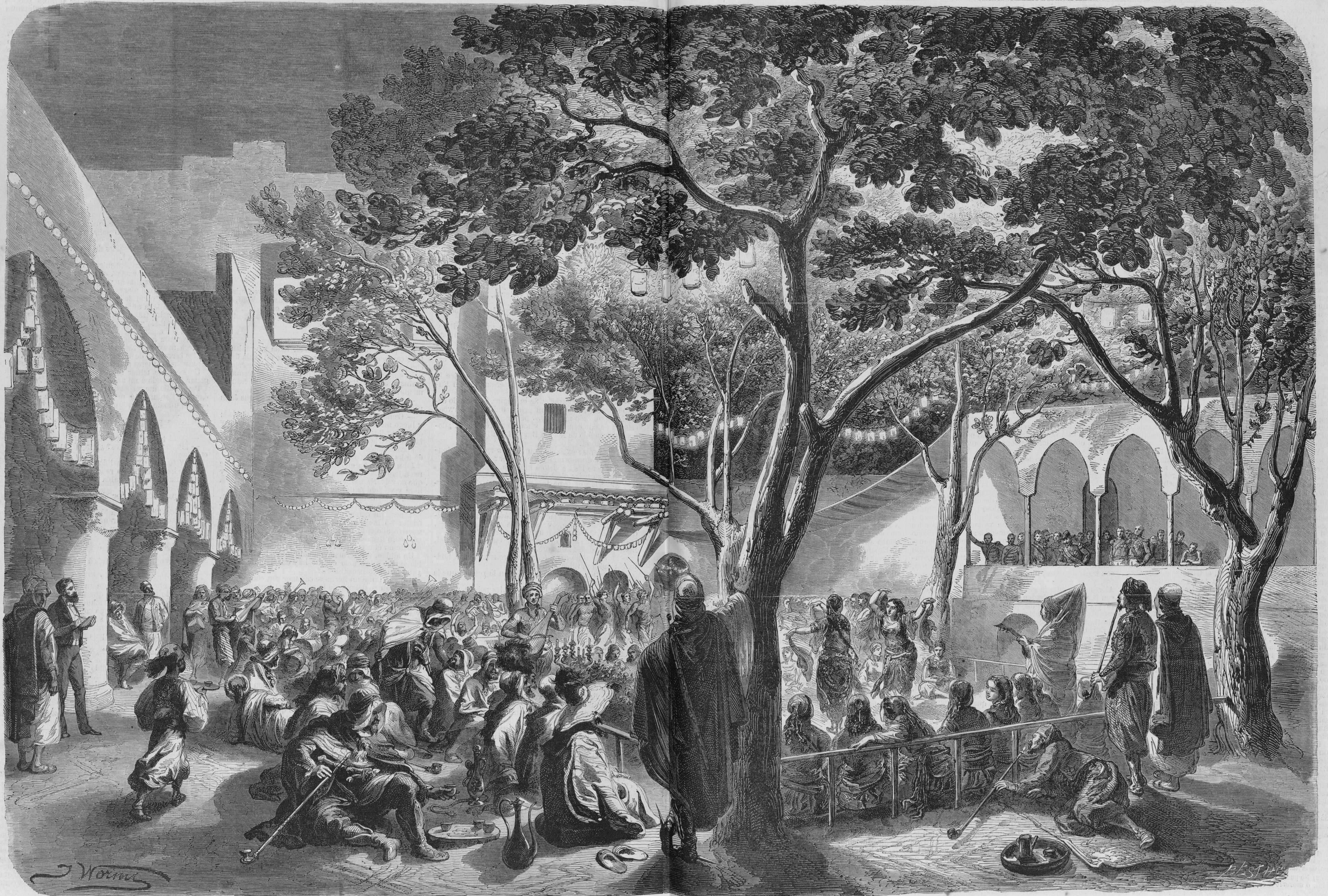
— Lo haré sin duda. No quiero que ignore mas tiempo cuál es mi posición: la diré toda la verdad... excepto una cosa... esa no necesita saberla.

(Se continuará.)

## Una visita á Covadonga.

### I.

Cuando por todas partes se agitan hoy las cuestiones de intereses materiales; cuando hoy se construyen caminos, canales y ferro-carriles; se limpian y componen los puertos marítimos; se levantan faros; se unen las naciones, ciudades, villas y pueblos por medio de los hilos eléctricos y se aumentan considerablemente nuestros medios de defensa nacional, ¿no es triste, que para hacer un pequeño viaje, una miserable jornada de seis leguas sea preciso confesar y comulgar por el mal estado de los caminos, peor en mi sentir que si la mano del hombre no hubiese tocado en ellos? Ha mucho tiempo que se trata de construir una carretera que ponga en comunicación directa los pueblos de la costa



BAILE DE MOROS EN UN PATIO DEL LICEO DE ARGEL. — LÁMINA COPIADA DEL ALBUM DEL VIAJE DE SUS MAJESTADES IMPERIALES,



cantábrica; y si bien todos de consuno reconocen su utilidad general y hemos escuchado muchísimas promesas, ¿qué se ha hecho en la parte oriental de Asturias que ha pagado muchos años las prestaciones vecinales con tal objeto? A este propósito circularon hace dos ó tres años, y yo recuerdo haber leído en Madrid unos versos, emancipados de la poesía, sin otro mérito literario que algunas verdades, y que para muestra bastan los siguientes:

«Hoy estudian por miles  
 Er... valles y cerros,  
 obra en Ponga, ferros (1)  
 rales, Los Carriles.» (2)

...  
 que por falta, sobra,  
 hacen á posta,  
 se acabe la obra  
 ino de la costa.»

y exclusivo objeto de asistir á la re-  
 ncion que el día 8 de setiembre se celebra  
 onco y glorioso santuario de *Covadonga*, sa-  
 te Llanes el 31 de agosto. El sol nos abrasaba, y  
 ando llegamos á Poo, aldea la mas inmediata y por  
 nde atraviesa la empezada carretera, ya se presentan  
 el horizonte gruesas y parduscas nubes que nos hi-  
 eron creer que estaba próximo un gran chubasco.  
 fectivamente, nuestros presagios se cumplieron por  
 esgracia, y al llegar junto á Celorio, célebre por su  
 monasterio de benedictinos, propiedad hoy del señor  
 don Juan de Abarca, del comercio de Santander, nos  
 decidimos á seguir el camino mas corto que nos condu-  
 jera á Cangas de Onís, y espoleando fuertemente á  
 nuestros rocínantes, sin cuidarnos ya de la lluvia que  
 caía á mares, atravesamos las aldeas de *Balmori*, *Quin-  
 tana*, *Lledias*, *Rales*, *La Herreria*, donde el marqués de  
 los Altares tiene una posesion hermosa: *Puente Nuevo*,  
*Rio Caliente*, *Teyedu*, ó sea ya el pié del puerto, donde  
 almorzamos y dimos pienso á las caballerías. La lluvia  
 no cesaba, y despues de una corta, pero acalorada dis-  
 cusion, volvimos á montar á caballo.

Solo en los fuertes caballos del pais, acostumbrados á  
 subir y bajar escabrosas montañas, y riscos y precipi-  
 cios que prometen una muerte segura, se puede pasar  
 el peligroso puerto de *Piedra Hita* ó *Fita*, que se en-  
 cuentra entre Cangas de Onís y Llanes. Si el hombre  
 se acordara de la muerte; si pensara que la vida es un  
 soplo y que donde ve mas seguridad halla muchas ve-  
 ces el término de su preciosa existencia, se acobardaria  
 al ver estos caminos intransitables á los seres racio-  
 nales.

Yo no he visto otro camino que reuna tan malas  
 condiciones; y lo poco que la mano del hombre hizo,  
 valiera mas que no se tomara la pena de molestarse.  
 Figuros, lectores, un camino que no merece tal nom-  
 bre, en donde los caballos se detienen muchas veces y  
 no quieren andar por los muchos y variados obstáculos  
 que las rocas presentan, ó se resbalan en la arena mo-  
 vediza y nos exponen continuamente á caer en preci-  
 picios de cien y mas metros de altura; lloviendo á tor-  
 rentes; sin encontrar una persona ni una mala cabaña  
 en una extension que dura tres ó cuatro horas; sin  
 poder admirar y contemplar á nuestro placer aquellos  
 montes, aquella verdura, aquellos paisajes encantado-  
 res y variados, aquellos valles agrestes, donde suena á  
 menudo el dulce canto del labriego, el silbido del pas-  
 tor que apacienta sus ganados, el triste y melancólico  
 graznido de las aves y los ayes de los animales fieros,  
 y compadeceréis á los pocos mortales que tienen la  
 desgracia de no volver grupas en busca de otro camino  
 que presente menos obstáculos y no tanta soledad. Yo  
 no sé qué admirar mas, si la variedad de la naturaleza  
 ó la incuria del hombre.

El primer pueblo que encontramos es *Llonin*, de as-  
 pecto miserable, construido sobre la roca. Llegamos por  
 fin á *Corao* que nos hizo olvidar los malos ratos que  
 pasamos, y estamos, segun nos dice el guia, á una le-  
 gua de Cangas, de camino llano y muy pintoresco, y  
 en las pocas casas que hay á uno y otro lado del cami-  
 no, se guarecen multitud de romeros que van unos y  
 vienen otros de cumplir sus votos á Nuestra Señora de  
 Covadonga. Estamos pues en Cangas de Onís, villa que  
 dista once leguas de Oviedo. Su caserío es regular: sus  
 calles tan húmedas, que á poco que llueva no se puede  
 salir de casa sin calzar *almadrenas*, calzado de madera,  
 hueco y de una pieza. (*Soccus, calcens integrè ex ligno  
 factus*).

Es cabeza de partido judicial, y con *Infiesto* forma  
 un distrito electoral. Fué córte de Don Pelayo, y fal-  
 leció aquí el rey Don Alonso I el Católico (año de 757).  
 Es residencia de la plana mayor del provincial llamado  
 todavía ha poco tiempo de Covadonga. Pudiera aumen-  
 tarse mucho su poblacion, si acabaran de abrir la car-  
 retera que ha de unir á Castilla con el puerto de Riva-  
 desella, proyectada ya en 1843; pero matarán la im-  
 portancia que se le reconoció, los puertos de Vigo,  
 Santander y Bilbao, que terminarán sus ferro-carriles  
 antes que esta carretera, que se inició y proyectó con  
 algunas rivalidades.

(1) Ponga, lugar del partido judicial de Cangas de Onís,  
 hay una ferreria, propiedad de don Antonio Vega y Vega,  
 cuyos metales se extraen por el puerto de Rivadesella.

(2) No puede tolerarse la licencia de hacer viajar á los pue-  
 blos, ó moverse á capricho del que escribe.

## II.

A las ocho de la mañana del día 4 de setiembre mon-  
 tamos á caballo en direccion á Covadonga, que se halla  
 situado al SE. de Cangas de Onís, de la que dista una  
 y media legua. El día estaba hermoso; ni el sol, ni el  
 agua, ni el viento nos molestaron: el camino, recom-  
 puesto para pasar SS. MM. y AA. RR. á este histórico  
 santuario, es suave y sigue lamiendo las orillas del pe-  
 queño rio Deva, que se desliza jugueton y tortuoso por  
 entre la cordillera de montañas que dejan paso á Co-  
 vadonga. Encuéntanse las aldeas de Soto y Larriera,  
 y á la derecha del manso Deva, vemos elevarse un mo-  
 numento ú obelisco de piedra, sencillo, pero de forma  
 elegante, terminando en la cruz de la Victoria, *in hoc  
 signo vincimus inimicos*, construido á expensas de los  
 duques de Montpensier en el campo donde Pelayo fué  
 aclamado rey, con el nombre de *Campo del Rey Pelayo*.  
 Yo no he visto camino tan pintoresco y variado, ni que  
 cautive tanto la vista y atencion del viajero por indife-  
 rente que sea á la varia naturaleza. Las montañas,  
 los árboles y los rios guardan fábulas, cuentos y le-  
 yendas, que dan enseñanza al hombre y entretienen  
 agradablemente su inteligencia.

El puro y claro rio Deva paréceme verle tinto de san-  
 gre mora, y la ilusion me hace oír los rabiosos ala-  
 ridos de los moribundos hijos de la media luna, revol-  
 cándose en la tierra y arrastrándose á las poéticas  
 orillas del rio para apagar la sed de venganza que los  
 devora. Yo no me canso de mirar al mismo tiempo el  
 rio y los variados picos de aquellas fragosas montañas;  
 y en mi imaginacion se agolpan mil recuerdos históri-  
 cos, mil divertidas leyendas de los heroicos hechos de  
 Pelayo y de los cristianos, que vencidos á orillas del  
 Guadalete, salen vencedores unidos á los montañeses  
 de este pais que conservó la fe cristiana y las creencias  
 católicas en toda su pureza. Hace once siglos que aquí  
 se sofocaron los furibundos gritos de guerra de los hi-  
 jos de Mahoma, y á principios del actual, en las cum-  
 bres de estas montañas se dieron los primeros gritos de  
 « ¡libertad! ¡independencia nacional! » contra las  
 huestes invasoras del capitán del siglo... Un agradable  
 recogimiento religioso se apoderó de mi ánimo y oré  
 por los que murieron aquí defendiendo nuestra nacio-  
 nalidad, nuestra religion y nuestra independencia... En  
 un recodo que forma el camino, uno de mis acompa-  
 ñantes dió un grito « ¡Covadonga! » que me hizo le-  
 vantar los ojos y ver ese glorioso santuario, que desde  
 allí me pareció una blanca paloma recostada muelle-  
 mente en su nido.

En una cueva de la roca, que imponente se eleva á  
 los cielos, está Covadonga, santuario poético, como no  
 se verá otro, de gloria nacional que envidian las nacio-  
 nes mas prepotentes hoy, admirado de nacionales y  
 extranjeros, imperecedero; porque la obra de la res-  
 tauracion ó reconquista, de aquí principió, no puede  
 borrarse nunca á pesar de la vanidad de algunos escri-  
 tores que pretenden que la batalla de Covadonga fué  
 un mito, y la existencia de Pelayo una creacion fantás-  
 tica, propia de aquellos tiempos, de las páginas de nues-  
 tra historia, grandioso, maravilloso poema que admira  
 y entusiasmo á sus lectores. Los hombres adquieren á  
 menudo celebridad, ó por una vulgaridad, ó por los  
 errores en que incurren á sabiendas; y pretendiendo  
 darse aire de críticos ilustrados, caen en el ridículo mas  
 insensato. ¿En qué razones ó documentos se fundan  
 esos escritores orgullosos, al negar la batalla de Cova-  
 donga y la existencia de Pelayo, de las que hablaron,  
 con copia de datos, nuestros escritores y los extranje-  
 ros, y los mismos árabes que fueron aquí vencidos?  
 Atortunadamente la sana critica acoge tales negaciones  
 con la sonrisa del desden; y si muchas veces las depu-  
 ra y exige documentos, pruebas ó razones, otras no  
 cree de su deber tenerlas en cuenta, porque el menos  
 ilustrado puede discernir el error y la verdad.

El rio Deva toma aquí su nombre por la confluencia  
 del *Reinazo*, que algunos creen proviene del lago de  
*Nol*, por lo que tambien le dan este nombre, y del  
*Orandy* que baja de la cueva, formando una vistosa  
 cascada, y de la *Fuente de Pelayo*, « que (dicen) tiene  
 la gracia de casar dentro del año á los que beben su  
 agua pura y cristalina en el estado de soltería. » Inme-  
 diato á la cueva se ve el principio de una gran obra,  
 ó sea el pensamiento que tuvo Carlos III de levantar un  
 monumento digno de la memoria que queria eternizar  
 con la piedra; pero despues de haber gastado noventa  
 y seis mil duros, segun nos dijo nuestro *cicerone*, quedó  
 en el mayor abandono, y ningun monarca posterior  
 puso manos en ella. ¡Lástima grande de que Carlos III  
 no viera realizado su pensamiento! Entramos en el  
 santuario con la mayor abstraccion interior de todo lo  
 terreno, y solo se oía el ruido de nuestras pisadas. Creí  
 hallarme en las catacumbas de los primeros cristianos.  
 Nos dirigimos por la galería de la derecha y observa-  
 mos dos sepulcros cuyos grabados he visto en periódicos  
 literarios ilustrados. Hay quien cree que son del si-  
 glo VI, y que debiera ser el que tiene dos leones y un  
 hombre á caballo en la piedra vertical, y un báculo  
 con cruz de aspa en la horizontal, del valiente rey  
 Don Pelayo; y el que solo tiene báculo, igual al ante-  
 rior, de Adulfo su pariente, obispo que fué de Oviedo,  
 y que fueron trasladados á Covadonga, desde la antigua  
 iglesia de *Abamia* que está en sus inmediaciones. Otros  
 opinan que siendo de ornamentacion bizantina, y no  
 habiéndose conocido en España hasta el siglo XI, la  
 mayor antigüedad que puede concedérseles es entre los  
 siglos XI y XII. El ilustrado don José Amador de los

Rios que estuvo este verano en esta provincia, comi-  
 sionado por el gobierno para estudiar sus monumentos  
 y antigüedades, podrá disipar algunas dudas; pero yo  
 creo que estos dos sepulcros son muy anteriores al si-  
 glo XI, sin entrar en la cuestion de si fueron ó no de  
 Pelayo y su pariente Adulfo. El que está á la derecha  
 del espectador pertenece á la familia de Cortés, de Can-  
 gas de Onís, que segun me dijeron, le compró por  
 320 reales; y el de la izquierda fué regalado por el ca-  
 bildo al marqués de Pidal, y en él fué depositado el ca-  
 dáver del último abad, su pariente, el 9 de febrero del  
 presente año.

Nuestro *cicerone* nos dijo que ibamos á ver los sepul-  
 cros de Pelayo y Alonso I, y nos hizo subir una escalera  
 de piedra de 41 gradas ó peldaños, viéndonos agrada-  
 blemente sorprendidos al hallarnos en un gran balcon  
 corrido, suspenso de la misma roca que forma la cue-  
 va. ¡Qué cosa tan poética! Vosotros, los que pulsais la  
 dorada lira de Apolo, venid aquí y admiraréis las obras  
 de la naturaleza y las del hombre, como las admira-  
 mos nosotros; venid, y os inspirará el cielo al ver á la  
 imágen de santa María de Covadonga en una humilde  
 capilla en el aire; no creais ver sus paredes adornadas  
 de ricos tapices ó costosas colgaduras: al lado de ele-  
 gantes vestidos, hay pantalones de sayal ó paño bur-  
 do; al lado de sayas de estameña y chaquetas de baye-  
 ta amarilla y encarnada, uniforme de la benemérita  
 guardia civil con plateadas insignias; retratos al oleo,  
 al daguerreotipo y fotografia; cabezas, brazos, piernas,  
 piés y manos de cera. ¿No es verdad que toda esta pro-  
 fusion de colores es agradable á la vista? Pues contad  
 que todos son votos á la Virgen de Covadonga, de los  
 que padecieron alguna grave enfermedad. La fe salva  
 y la fe se conserva pura en Asturias, donde se refugió  
 y venció á los islamitas.

En una de las paredes que forman esta antigua capi-  
 llita yacen los restos mortales de Don Alonso I y su  
 mujer Ermenisenda, con la siguiente inscripcion, que  
 la mano destructora de los tiempos va borrando poco á  
 poco:

Aquí yace el catoli-  
 co y Santo Rey Don  
 Alonso el primero  
 y su mujer Doña Erme-  
 nisenda hermana de Don  
 Favila á quien sucedio.  
 Gano este Rey muchas vi-  
 torias á los moros. Fallecio  
 En Cangas año de 757.

Llamó nuestra atencion una reja de hierro que á se-  
 mejanza de las que adornan las ventanas de las casas  
 de correccion, pudiera servir muy bien de defensa y  
 seguridad, y nuestro acompañante nos dijo que allí se  
 conservaban los restos del que con un puñado de va-  
 lientes y la proteccion de Santa María de Covadonga,  
 nos habia libertado de los sarracenos. La reja es un  
 cuadrado formado por cuatro barras horizontales y nue-  
 ve verticales. La entrada de la cueva es un semicírculo,  
 como de una vara de diámetro, y en ella se ve una ca-  
 ja que creen unos de piedra y otros formada de tierra.  
 A su izquierda pende un mugriento y sucio farol, que  
 no sé si alumbrará por la noche; pues cuando yo le ví  
 estaba apagado. ¿Indicaré esto que la fe no se conserva  
 en España? No es posible, ni suponerlo siquiera. ¿Quer-  
 rá decir que no hay patriotismo? Yo no puedo creerlo:  
 una y otra pregunta están muy lejos de parecernos po-  
 sibles, ó que encierren alguna alusion. En mi humilde  
 concepto, seria mas digno y decoroso conservar los res-  
 tos de estos dos reyes, Pelayo y Alonso I, en los dos se-  
 pulcros que existen en la galería baja del santuario.  
 Sobre la reja de hierro, mencionada ya, se ve escrita,  
 en caracteres poco inteligibles, esta inscripcion:

Aquí yace el S Rey Don Pelayo  
 Eleto el año de 716 que en  
 Esta milgrosa cueva come  
 nzo la restauracion de Espa-  
 ña bencidos los moros. Fallecio  
 año 737 y le acompaña SS mujer y hermana.

No sé si entraria en mí el orgullo nacional; pero es  
 lo cierto que me llené de tristeza al ver sepulcros tan  
 pobres, mezquinos y miserables, y sentiria que los vie-  
 sen los extranjeros que desean hallar ocasion de censu-  
 rarnos y rebajarnos ante el mundo civilizado. Oré por  
 Pelayo y por todos los que allí vertieron su sangre, de-  
 fendiendo nuestra religion, libertad é independencia, y  
 nos retiramos al oír las campanas que llamaban á mi-  
 sa á los fieles que habitan en este lugar delicioso.

Entramos en la capilla que es de dimensiones redu-  
 cidas: es muy sencilla y hermosa. Tiene tres altares y  
 en el principal, que está en medio de los otros dos, se  
 venera á Nuestra Señora de Covadonga. Al entrar sen-  
 timos el mayor recogimiento: el sentimiento religioso  
 se apoderó de nuestros corazones y embargó todos nues-  
 tros sentidos. Yo no he visto lugar mas á propósito pa-  
 ra la oracion y la contemplacion. Oímos una misa so-  
 lemne, como en las iglesias colegiales ó catedrales, con  
 la diferencia de que las dulces armonias del órgano y  
 las voces de los cantores allí, en la cueva de Santa Ma-  
 ría son mas sentimentales, melancólicas y expresivas,  
 y en conjunto lo mas agradable y religioso que oyerón  
 mis oídos. Todavía hoy me parece una ilusion de los  
 sentidos, y sin embargo todo, todo era la realidad. Yo

sentia salir de la capilla; hubiera querido permanecer aun mas horas en aquel sitio sagrado, cuando, al concluir el santo sacrificio de la misa, me instaron á pasar á la sacristía.

Con paso vacilante, y como si algun pesar me agobiara, dirigímonos siguiendo á nuestros acompañantes: entramos en la sacristía y vimos una gran cruz de plata, ciriales y seis candeleros con su crucifijo del mismo metal hechos con la plata de las siete lámparas que se fundieron, cuando acaeció el incendio que devoró muchas preciosidades. Enseñáronnos despues la casulla mas antigua que tiene la colegiata, bordada y regalada por la Reina Doña B..... (en mis apuntes, por una rara casualidad, se borraron las demás letras; pero me dijeron posteriormente que se llamaba Bárbara.) En un principio fué capa de coro, y sin duda, estando ya deteriorada, hicieron la casulla que hoy se conserva: no hubo tela bastante para estola, manipulo y paño de cáliz. Es lo único que se salvó de las llamas. Habiendo manifestado que solo nos enseñaran si habia recuerdos históricos, regalos de reyes ó príncipes, ó alguna cosa de mérito histórico ó artístico: abrieron una caja elegante que contenía el regalo que hicieron los bondadosos duques de Montpensier, y consiste en un cáliz de plata en que se ve perfectamente elaborada toda la pasion de nuestro Redentor J. C. y en un viril tambien de plata, contruidos en la fábrica platería de Martínez, en Madrid.

Hiciéronnos subir á la galería principal y nos manifestaron un terno magnifico con todos los inherentes á la iglesia, obra de mérito artístico, debida á las manos delicadas de un simple *guarnicionero* de Oviedo. Se le compró el cabildo de la colegiata por 4,000 duros, y se me aseguró que las personas mas inteligentes le valoraron en 16,000. Desde 1842 ha servido en las funciones de iglesia de primera clase, y hoy se sirven de los dos que regalaron SS. MM. en 1838, cuando visitaron este glorioso Santuario, compuestos de seis capas y todos los inherentes necesarios á la Virgen y al altar. Uno es de fondo carmesí con ramos de oro y el otro de tisu de plata y oro. Es un regalo precioso, digno tan solo de la piedad de nuestros monarcas. Reunido el cabildo en capitulo, y pasando mas tiempo de lo que nosotros creiamos, salimos con el gran sentimiento de no haber visto el precioso *Album*, que contiene muchísimas elecubraciones, composiciones poéticas y firmas de conocidos y notables personajes.

Con mucho pesar abandonamos aquellos lugares solitarios, aquel venerable templo de nuestra independencia y nacionalidad, aquella custodia de la fe cristiana y de nuestro patriotismo, aquel monumento grandioso y sublime por las ideas y los gratos recuerdos que encierra: en ese monumento tenemos escrita la página mas brillante y elevada que conserva la historia de la reconquista. Las naciones, como los hombres, deben mostrar su gratitud traduciéndola en hechos y grabando en los corazones este glorioso recuerdo que envidian los extranjeros. La nacion que produjo un don Opas produjo tambien un Don Pelayo: aquel se colmó de ignominias y este se coronó de gloria, humillando y venciendo la orgullosa media luna que queria hacerse señora de toda la península. La cruz de la Victoria triunfó y arrojó de España la media luna, y en 1839 le pagó la visita al decir de un respetable escritor, y venció en todos los combates á los fieros africanos, enseñoreándose de la ciudad santa de los hijos de Mahoma.

### III.

Estamos á 7 de setiembre, es decir, en víspera de la funcion que mañana se celebra en Covadonga. Suele decirse que por la víspera se conocen los santos, y en verdad que aquí, hace una porcion de dias, que se nota grande animacion y extraordinaria concurrencia de gente de esta provincia y de las limítrofes de Galicia, Leon y Santander. Todos, hombres y mujeres, niños y ancianos, con sus paraguas de percal azul ó verde ó encarnado, como la yedra adherida á la encina secular; unos á pié, otros á caballo y pocos en el coche que corre de Cangas á Rivadesella. Asturias se queda sin gente, sin la nata y flor de su robusta juventud, que parece acude ansiosa á alguna cita de amor, y cuenta que el día 8 de setiembre se celebra en casi todos los concejos con mas ó menos pompa, con mas ó menos concurrencia y alegría, pero con el mismo fervor, con el mismo entusiasmo. El camino de Covadonga es una procesion interrumpida solo por algun ligero chubasco, no por la oscuridad de la noche.

El aspecto de Covadonga hoy es alegre. La música de Noreña, gaitas, tamboriles, panderetas, castañuelas y otros instrumentos que hacen ruido y producen confusión, se oyen por do quiera: aquí un baile, allí una danza del país atruenan los espacios retumbando en las montañas sus débiles ecos. Pobres que imploran la caridad; gentes que rendidas del cansancio se acuestan en la verde yerba, duermen tranquilas teniendo á su lado á su madre ó á su hermano ó á su amante; allí un grupo comiendo y bebiendo; acá y acullá parejas sencillas que se hablan de amor sin quemarse; á la derecha, jóvenes en busca de aventuras amorosas; á la izquierda, el fuego de los figones, las luces de las tiendas y confiterías ambulantes. Unos compran, otros venden cintas *tocadas de Nuestra Señora de Covadonga*; aquellos bajan, estos suben, esos tornan, esotros vuelven; y allá, á la puerta del meson se ve una reunion de jóvenes que no quieren bailar al aire libre. El olor de la pólvora, de los vinos y licores que se escancian por

todas partes, no interrumpen los bailes, las danzas, los coloquios amorosos ni á los que se entregaron en brazos de Morfeo. Todos gozan, se divierten, son felices. ¿Durará mucho esta felicidad? La noche pasa; el día empieza á alumbrar, y todos arreglan sus vestidos, restriegan ó humedecen sus párpados, componen su peinado; y en los rostros que pasaron la noche al sereno, se ve escrito aquel proverbio: «Ninguno va á la romería que no le pese otro dia.» La *foquera* terminó como terminan todas las verbenas. ¡Quiera Dios que nadie se arrepienta! ¡Que nadie diga: quién lo pensará!...

Son las nueve de la mañana del 8 de setiembre, y sigue... sigue llegando gente que no quiso pasar una noche en claro ó al aire libre: los bailes continúan. La gente se revuelve, unos alegres todavía, otros taciturnos y pensativos; pero todos, en la misma direccion, van á buscar el acto mas solemne que se celebra en Covadonga. Unos suben para llegar los primeros por la rambla y otros por el camino que es mas suave, si bien es mas largo, y al pié de un escarpado monte, en la meseta que forma la montaña, se reúne al momento un gentío cual nunca se vió en Covadonga, segun decian, y busca con la vista el sitio que mejor cuadra á sus propósitos. En el extremo de la esplanada y mirando hácia el Este, han erigido un altar en donde se va á celebrar el santo sacrificio de la misa y junto á la cátedra del Espíritu Santo colocan el órgano y los atriles con los papeles de música. A uno y otro lado bancos de madera y divanes forrados de seda carmesí para los canónigos, beneficiados, capellanes y personas respetables por su virtud, saber ó posicion social.

Aquí vemos reunidos y aglomerados los variados trajes que visten en los concejos de la provincia. Todos los concejos — me dijo un aficionado á estudiar los trajes y costumbres del país — mejor dicho, casi todos los pueblos de la provincia tienen un carácter peculiar, un color ó una forma que los distingue unos de otros, y cualquiera que haya recorrido la provincia y fijado su atencion, sabrá distinguirlos. Conócense las mujeres de unos y otros concejos y hasta de unos y otros pueblos, por los colores de los pañuelos, de los jubones, de las sayas y de las medias, por el modo de sujetar el pañuelo de la cabeza y el que les cubre el pecho, si no llevan dengue; si llevan medias de calados ó bordados; si llevan ó no esarpines y por su color; por el modo de peinarse; por su aire, por el mirar de sus ojos, por la sonrisa de sus labios, y sobre todo por el acento grave ó agudo y por la entonacion ó terminacion de sus palabras. Los hombres, por su montera, forma y modo de ponerla, por la chaqueta, si es corta ó larga, de paño ó de bayeta amarilla, verde ó encarnada, por la camisa, su cuello y hechura, por el pantalon, si es largo ó corto, de sayal ó de paño, si llevan cinta ó botones de cadenilla y su corte especial, por las medias, los esarpines, modo de coger el palo, por la terminacion de las palabras y su acentuacion: es mas, se distinguen hasta por el canto y por sus canciones.

Las campanas de la colegiata, la música y los cohetes nos anunciaron que la procesion se acercaba; y efectivamente, aquellas ocho ó diez mil personas que esperaban ansiosas, se revuelven, empujan y estrechan, se pisan y codean por verla pasar, y los muchachos se encaraman en las ramas de los árboles. Llevaban el pendon y el estandarte un oficial del provincial, antes de Covadonga y hoy de Cangas de Onís, y un comandante de la antigua guardia de Corps; seguian unas cuarenta mujeres y niñas, un hombre y tres niños, cubiertos sus cuerpos con mortajas que no permitian verles mas que sus rostros demacrados, pálidos y tristes, como si hubiesen padecido largas y penosas enfermedades, que inspiraban compasion. Así cumplen sus votos, unos descalzos y otros con una vela de cera amarilla en su mano derecha. La imagen de Nuestra Señora de Covadonga es llevada en hombros por cuatro guardias civiles, y dos carabineros de infantería hacen los honores de ordenanza; y las armonías de la marcha real se dejan oír entre aquellos montes mas armoniosas, mas dulces y delicadas. Colocada la venerada imagen en el altar y pasados breves instantes, dan principio á la misa con la mayor solemnidad, con órgano acompañado por la orquesta y voces dulces y delicadas; y aquel gentío, procedencia de mas pueblos que dias tiene el año, hince sus rodillas en el suelo y eleva á Dios sus corazones y fija su vista en Nuestra Señora de Covadonga. Los que la noche antes bailaban, brincaban, saltaban, cantaban, alborotaban, bebían y comían, guardan el mayor silencio, y no se mueven ni las hojas de los árboles. Parece imposible que los pensamientos de miles de hombres sean un pensamiento solo, una idea, la oracion.

¡Que acto tan magnifico, admirable y solemne! Tendred la vista en derredor y vereis el cuadro mas sorprendente: la naturaleza y los hombres. El sacerdote, celebrando el santo sacrificio de la Misa; la naturaleza muda, y los hombres abstraídos de todo lo terreno y llenos del mayor recogimiento religioso, elevan sus corazones á los cielos. Oid esos cantos religiosos; oid esa música celestial, y sentireis las mas dulces y agradables emociones que el hombre puede sentir, sin poder ni saber explicar. Los filósofos sentimentales enmudecerian; los poetas romperian su pluma, y los pintores arrojarían su paleta, si quisieran explicarlas: hay sentimientos que no se expresan bien porque no se conciben. ¿Cómo pues explicar lo que yo sentí? Aun hoy lo recuerdo con el mayor placer, y estas impresiones tan agradables quedan grabadas en mi corazón para no olvidarlas en la vida.

Durante la misa, el señor magistral sube al púlpito y pronuncia en voz suave y meliflua una oracion pagnérgica de la Virgen. Frio y razonador, adoptando la accion propia del orador forense, quiso conmovier y no pudo, porque le faltaba la uncion sagrada que debe sobresalir en los que ocupan la cátedra del Espíritu Santo. Sus primeras palabras, su erudicion, hicieron creer que sabia tocar la fibra del sentimiento religioso, cautivar la atencion, apasionar, atraer ó conmovier á aquel numeroso auditorio que escuchaba su voz con el mayor silencio y recogimiento. *Si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi...* Sin embargo, soy el primero en reconocer sus momentos felices, en... á conocer buenas dotes de orador sagrado.

La misa concluyó: la procesion, con... y compostura, volvió al glorioso santuario. El gentío inmenso con su variedad de colores, su felicidad, atenuando la fuerza de los rayos de sus paraguas de multiplicados y abigarrados con sus chaquetas al hombro unos, otros de levita negra; aquellos de montera carmesí; aquellas luciendo sus ricos trajes de lujo que fascina, su elegancia que cautiva, mangas de camisa, mas blancas que el ampelago, sus pañuelos, sus dengues, sus sayas y sus... la moda exige largas colas en los vestidos de señora, la costumbre sayas cortas para lucir la pantorrilla y el pié, y todos, ricos y pobres, labradores y propietarios, mujeres y hombres, niñas y niños, ancianas y ancianos, encorvados bajo el peso de los años, sombrillas y paraguas, sombreros y velos, monteras y hongos, siguen la procesion confundidos, aglomerados, en tropel, formando un conjunto agradable, encantador, indescriptible. En una exposicion de pinturas que hubo en Madrid, se presentó un cuadro de esta funcion en el acto de celebrarse la misa: un asturiano me hizo admirarle, y hoy ese cuadro, esa vista, no tiene para mí el mérito que le suponian; porque no es copia, es una idea. El pintor vió la funcion, pero no todo lo que se ve se expresa bien; y al trasladar al lienzo lo que habia visto, el pincel se resistió y el cuadro quedó imperfecto. Del original á la copia hay grandes diferencias que no pudo salvar el genio del célebre pintor.

Lo mas variado, lo mas encantador, lo mas admirable, magnifico y sorprendente de la funcion ha terminado: unos se marchan, otros se quedan, y todos con el pesar de que sean tan pocos y cortos los momentos felices. ¡Dichosos vosotros que olvidais vuestras penas bailando ó comiendo ó bebiendo, y os creéis contentos, satisfechos y felices, aun en vuestras horas de fastidio, y sois la envidia de los filósofos y de los poetas bucólicos! Yo conservaré siempre indelebles estas impresiones y el agradable recuerdo de la funcion de Covadonga.

BERNARDINO DIAZ DE RIVERA.

### Entrada del rey Victor Manuel en Nápoles

El rey Victor Manuel hizo su entrada solemne en Nápoles el 7 de noviembre último, en presencia de un inmenso gentío que se apiñaba en las calles de la poblacion, á pesar del mal tiempo. S. M. iba en coche descubierto y llevaba á su lado á Garibaldi.

A las once de la mañana del día siguiente el dictador de Nápoles, acompañado del ministerio, presentó solemnemente á Victor Manuel el plebiscito, y el ministro Comferti pronunció el discurso siguiente:

« Señor: el pueblo napolitano reunido en comicios os ha proclamado rey por una inmensa mayoría. Nueve millones de italianos se unen á las otras provincias que gobernais con tanto acierto y prudencia, y se ve verificada vuestra promesa solemne de que Italia sea de los italianos. »

El rey contestó en breves y sentidas palabras, reductándose en seguida el acta de anexion.

Además Victor Manuel al entrar en Nápoles dirigió una proclama á los pueblos napolitanos y sicilianos, diciéndoles que puesto que el sufragio universal le revestia del poder supremo en aquellas nobles provincias, aceptaba este solemne decreto de la voluntad nacional, no por ambicion, sino por su conciencia de italiano; que sus deberes aumentaban así como tambien los de todos los italianos, siendo hoy mas necesario que en tiempo alguno un acuerdo sincero y una constante abnegacion, y que todos los partidos debían inclinarse con respeto ante la voluntad de Dios, que alivia propicio los infortunios de la patria comun.

El rey añadió que todos debían concurrir á establecer en el reino de Nápoles un gobierno que proporcione garantías, dé una vida libre á los pueblos y probidad severa á la opinion pública; para lo cual contaba con el apoyo de todos los hombres de bien, puesto que allí donde quiera que la ley pone un freno al poder y garantiza la libertad, el gobierno puede tanto con relacion al bien público como el pueblo en honor de la virtud.

El nuevo soberano de Nápoles concluyó diciendo que es preciso demostrar á la Europa que si la fuerza irresistible de los sucesos ha arrollado los convenios establecidos para eternizar las desgracias de la Italia, esta acertará á restaurar en la nacion unida el imperio de esos inmutables dogmas, sin cuya aplicacion severa toda sociedad humana puede considerarse como enferma, al paso que toda autoridad se ve combatida y arrastra una existencia insegura.



ENTRADA DEL REY VICTOR MANUEL EN NÁPOLES.

**Las mujeres.**

Hé aquí un artículo de primera necesidad, como si dijéramos el pan de cada día: aquello sin lo que no se puede vivir.

Por grande que sea nuestro orgullo, por indomable que sea nuestra soberbia, no saldremos nunca de esta humillante definición:

Cada hombre no es mas que la mitad de una mujer.

Ellas á lo menos pueden decir con cierta satisfacción: cada una de nosotros somos la mitad de un hombre.

Llevando los términos de este problema á una solución matemática, venimos á parar á un resultado incontestable.

No hay manera de eludir la ingénuu exactitud de la aritmética.

Si cada hombre es la mitad de una mujer, diez hombres reunidos no pueden arrojar mas que la suma total de cinco mujeres; si cada mujer es la mitad de un hombre, diez mujeres juntas equivalen á cinco hombres.

O la ciencia de los números es una vergonzosa superchería, ó lo que he dicho no tiene vuelta de hoja.

Consideradas bajo el punto de vista del lugar que ocupan en el orden social, también es de ellas la ventaja.

Las mujeres marchan delante en todos los movimientos de la humanidad, pues solo así puede verificarse el constante fenómeno de que los hombres anden siempre detrás de las mujeres.

He presentado una demostración matemática, y acabo de exponer un argumento arrancado de la historia de todos los tiempos: ahora voy á valerme de una observación cuya fuerza comprenderán perfectamente todos los que estén iniciados en los secretos del comercio.

Yo pregunto: ¿hay algo que valga mas que una mujer?

O de otra manera: ¿hay algo que cueste mas?

Para amar á un hombre ellas no necesitan, mas que contar con su corazón: para amar á una mujer, el hombre necesita contar, y sobre todo, con su bolsillo.

Para los que no miden por el dinero el valor de las cosas; tengo otra pregunta:

Si las mujeres no valen nada, ¿porqué se las guarda tanto?

Se pierde un hombre, y como los agentes de algun tribunal no se tomen el trabajo de buscarlo, no hay quien se dedique á averiguar su paradero.

Parece que no se ha perdido gran cosa.

Pero se pierde una mujer, y todos los hombres se dedican á buscarla.

Parece que se ha perdido el mundo.

«Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

Esto ha dicho un grande hombre, sin caer en la cuenta de que la mujer no puede ser frágil por sí sola.

El gran poeta inglés nos ha sorprendido con un



EL CONDE WALEWSKI, MINISTRO DE ESTADO.



LA FIESTA DE SAN NICOLAS EN LA LORENA.—San Nicolás repartiendo dulces entre los niños que han sido buenos.

pensamiento que se halla formulado en todas las lenguas, desde que hay vasos de cristal, platos de porcelana y tazas de China.

Todas las cocineras del mundo se habian anticipado al grande hombre.

Será difícil encontrar una que antes que lord Byron no hubiera dicho alguna vez por lo menos:

«Señora, se han roto seis vasos, cinco platos y dos tazas;» en lugar de decir: «Señora, los he roto.»

El hombre fuerte, inteligente y sabio puede caer diez veces al día: pero la mujer débil, ignorante y tímida no puede tropezar una vez en su vida.

La piedra no es dura, porque hay una gota de agua tenaz y continua que al cabo la rompe.

El hombre no puede resistir á una mirada cariñosa, ni á una sonrisa afable, ni á una palabra tierna; pero la mujer es preciso que resista á las miradas, á las sonrisas, á las palabras, á las súplicas, á las amenazas. ¿Se quiere saber lo que sería un hombre convertido en mujer? Pues véase lo que son aquellos á quienes el poder, el talento ó la riqueza ha rodeado de continuas adulaciones.

Las hemos de envolver en el humo de nuestros lisonjas, y no han de tener vanidad.

Hemos de abrirles los ojos, y no han de ver.

No las queremos mas que hermosas, y han de querer ellas ser honestas.

Las empujamos, y no han de caer.

¡Pobres mujeres! Las hemos prohibido todos nuestros defectos, y además los suyos.

Otro grande hombre ha dicho, que la mujer es el bello defecto de la naturaleza.

Su belleza consistirá sin duda en ser mujeres, y su defecto en no ser hombres.

Mas bien debe entenderse de esta manera:

Su belleza consiste en no ser hombres, y su defecto en ser mujeres.

Acaso entre el hombre y los ángeles habia demasiada distancia, y Dios hizo á la mujer.

Observen de qué mujeres es de quien el hombre se queja. Véase cuáles son para él las inconstantes, las frágiles, las ingratas, las crueles.

El amante se queja de su querida; el marido de su esposa; el libertino de las que pierde; el indiferente de todas aquellas en que puede fijar sus ojos y comprometer su corazón.

Es decir que el hombre se queja de la mujer que ha elegido, ó de aquellas entre las que se halla la que él puede elegir.

Parece que en ese número entra toda la bella mitad del género humano.

Pero medítese bien.

Ningun hombre ha elegido á su madre: todas las madres son buenas; yo no conozco ninguna madre que no sea mujer, y apenas hay alguna mujer que no llegue á ser madre.

¿Qué finge el hombre para conquistar el cariño de una mujer?

Amor.

¿Qué finge la mujer para esclavizar la voluntad de un hombre?

Belleza

El hombre tiene que valerse de un sentimiento; á la mujer le basta un poco de arte.

La mujer dice siempre: «me amas.»

El hombre no dice más que «me gusta.»

Es noble, dicen ellas, es generoso, es valiente, ¡qué atento! ¡Qué buen corazón!

Nosotros decimos: es blanca, es airosa, ¡qué pié! ¡qué ojos! ¡qué garganta!

Para atraer á las mujeres hácia nosotros, para obtener su confianza, fingimos virtudes; ellas, por el contrario, se valen de la apariencia de algunos vicios.

Por regla general, el hombre esclaviza á la mujer convenciéndola de la profundidad de su cariño, de la inmensidad de su ternura; en una palabra, haciéndola creer que la ama.

Por regla general, la mujer ejerce sobre el hombre el imperio de su caprichosa voluntad, haciéndole creer que ama á otro.

Si fuera posible penetrar en lo más recóndito del corazón de un hombre enamorado, encontraríamos á menudo á la vanidad oculta detrás de la pasión.

Si fuera posible descubrir el fondo del corazón de la mujer más frívola, veríamos al amor oculto detrás de sus aparentes ligerezas.

El hombre disimula sus defectos morales; y las mujeres sus imperfecciones físicas.

Ellos seducen por la pasión; ellas por la coquetería.

Imaginense dos amantes que tratan de dominarse mutuamente; que pretenden, por decirlo así, echar el resto en sus recíprocas seducciones.

El, fatiga su imaginación buscando el medio más eficaz, y hace el inventario de los recursos posibles.

Riqueza. Con esto se puede despertar su avaricia, pero no su cariño.

Poder. Con esto se inflamará en su corazón el fuego del orgullo, y se apagará la luz de su ternura.

Gloria. Esto la servirá para admirar, pero no para querer.

Ni riquezas, ni poder, ni gloria: hay que buscar otro camino.

La imaginación se desespera, batalla con las sombras del entendimiento, hierve entre las dificultades que se oponen á su deseo, hasta que al fin salta un rayo de luz.

No es una idea, es un sentimiento lo que lo ilumina.

Necesita una desgracia que consolar, un sacrificio que hacer, un infortunio que combatir.

Por ejemplo: Hay una casa donde se alberga una familia pobre: esta familia se compone de tres niños, que uno no ha salido todavía de la cuna, otro no puede aun andar sin el auxilio de las manos, y el tercero no se atreve á correr sin peligro de caerse: completa este cuadro lo único que puede completarlo: una madre.

De repente la casa es presa de un incendio: entre el humo que sale por las junturas de las puertas, se escapan los gritos de la madre desesperada y de los niños afligidos.

Nadie se atreve á penetrar en aquel edificio que respira humo por todas partes y que cruge devorado por el incendio.

Un hombre se presenta; aparta á la multitud que le estorba el paso, empuja vigorosamente con entrambas manos la puerta que cede, y desaparecerá detrás de un torbellino de llamas.

Poco después se abre un balcón, y el hombre aparece en él con un niño en los brazos, y aquel niño se salva: luego aparece con otro, y se salva también; luego aparece con el tercero, luego con la madre.

A este recurso no hay corazón de mujer que se resista: él ha triunfado.

Ella busca á su vez el medio más seguro de encadenarlo á su cariño, y se echa sus cuentas de este modo:

Inocencia: Se fastidiará.

Recato: No le agradará.

Amor: Si él averigua lo que yo le quiero ¿no me olvidará?

Ni inocencia, ni recato, ni amor: hay que buscar otro camino.

Esta vez el rayo de luz viene de fuera, y hiere sus ojos después de haberse reflejado en la superficie de un espejo: levanta la cabeza, se mira y se sonríe.

Trenza sus cabellos con gracia, ajusta su talle, descubre de su garganta lo necesario para que el deseo adivine lo demás; la mano busca un fondo oscuro para que se destaquen bien sus bellos contornos y su limpia blancura; el pié se adelanta sobre la alfombra pequeño y atrevido.

Ante estos recursos no hay hombre que se resista: ella también triunfa.

Llega un momento en que se ven: él lleva el cabello chamuscado; sus manos están marcadas por el incendio y su rostro señalado por el humo.

Ella resplandece con todos sus encantos.

Se miran, se contemplan, y se adivinan.

Ella dice: ¡qué bueno es! y él: ¡qué hermosa está!

¿Cuál de los dos es mejor?

¡Mujeres! solo llegáis á ser malas después de haber tratado mucho á los hombres.

Para que lleguéis á ser despreciables, es preciso que empeceis por ser la admiración, el encanto y la felicidad de los mismos que os desprecian.

¿Cuántas veces la mano del hombre salva á la mujer de la perdición y de la ignominia? Y ¿cuántas veces no nos devuelven ellas la virtud, la esperanza y la felicidad!

Lo digo con franqueza: yo desearía ser mujer, si no perdiera, al serlo, el hermoso privilegio de admirarlas y quererlas.

J. S.

### Independencia del literato.

POESIA DE MILLEVOYE

PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

(Traducida al castellano.)

La libre independencia, noble y grata  
Es alma del saber: no hay quien detenga  
Del ingenio el sublime y rauda vuelo:  
No recibió las alas con que impera  
Para vagar inerte y abatido  
Y arrastrarse humillado por la tierra:  
Siempre camina fiel y reverente  
Tras la augusta verdad, y nunca altera  
Con vergonzosos hechos sus acciones:  
Extraño á los partidos, se presenta  
Inmutable y pacífico en la lucha,  
Y de un pesar lejano se reserva:  
Nunca vendió su corazón ni pluma:  
Jamás su rectitud á toda prueba,  
Prodigó en menoscabo de su honra  
Tributo humilde á estúpidos Mecenas:  
Ni en sacrificio de su nombre y fama  
Abatió su arrogancia y su grandeza;  
Ni incensando á los ídolos inmundos,  
Se inclinó consternado en su presencia.

La frente orlada de laurel sagrado,  
Despreaux de Autenil en su destierro llega,  
Y en su país natal recoge ufano  
El digno premio que el saber presenta:  
De Molier en la grata compañía  
A su dulce amistad y amor se entrega,  
Y á su constante hospitalario esfuerzo,  
Pulsa su lira y su cantar eleva;  
Y el fausto de Luis, altivo y grande  
Que en su estupor enajenado viera,  
Se dispó á sus ojos, como el viento  
Arrolla y barre la brumosa niebla.

De un alma franca y superior ornado  
Rousseau trasfugo los palacios deja,  
Y torna satisfecho á su cabaña,  
Despreciando las honras y riquezas:  
Para él, son hierros los brillantes hierros:  
Los favores de un príncipe, cadenas:  
Sus beneficios, miseros ultrajes:  
El corazón agreste que lo alienta  
Derrama por los montes espantosos,  
En los sombríos bosques y en las selvas,  
El precioso tributo del estudio,  
De su espíritu altivo y de su ciencia.

Dichoso el sabio que en tranquila calma  
Su solaz busca y su morada encuentra,  
Allí donde el tesoro del talento  
Se ve libre de celos y contiendas:  
Su eterna fama, su brillante nombre,  
En el crisol del tiempo se acrecientan,  
Se purifican, y producen ledos  
El fruto de su digna inteligencia.  
Rechaza tantos viles adversarios,  
Tanto rival odioso que lo asedian;  
Tanto combate, pugilato osado,  
Que en su exterminio intrépido campea:  
Al célebre Descartes la calumnia  
Cubrió con imposturas y tinieblas;  
Y á los campos lejanos de Batavia  
Llevó sus obras y memoria eterna.

Tal del noble saber es el destino:  
Ante la adversidad su esfuerzo eleva:  
En días de dolor, resiste ufano  
Cual animoso y decidido atleta,  
Luchando con los males y desgracias  
Que por doquier lo oprimen y lo cercan;  
Las tintas y colores les reclama  
Para trazar con ellos su carrera:  
Así Vernet en su bajel perdido  
Cercano á hundirse en la cruel tormenta,  
Estudiaba tranquilo de las ondas,  
Para pintarlas, la actitud soberbia.

El sabio satisfecho, en sus escritos  
A la contraria suerte siempre muestra  
El poderoso irresistible esfuerzo  
Que á su dominio y su poder lo lleva:  
Libre, ufano, el palacio de los reyes  
Indiferente mira; y sin bajeza  
Si alguna vez modesto se somete,  
Jamás se abate y su actitud conserva:  
Con su gran corazón, siempre animado,  
Protege al oprimido con nobleza,  
Sin atender del opresor el rango,  
Su predominio, autoridad y fuerza.

Fouquet perdió del príncipe la gracia,  
Y la Fontaine de amor el alma llena,  
En su dulce amistad le prodigaba  
El remedio apacible de su pena  
Y su dolor templaba trasportado  
Con sentidas y téticas endechas;  
Y sin vulgares sustos ni temores  
Delante de su rey su ardor expresa.  
¡Temeridad sublime! ¡raro esfuerzo!  
Tal es del genio la arrogancia extrema.

En vano de un tirano los conatos  
Contra el sabio se acrecen y fomentan,  
En vano su poder irresistible  
Un destierro mortífero le ordena;  
No hay expulsión, prisiones ni tormentos  
Para la erudición, para la ciencia;  
Esos peñascos rudos y espantosos,  
Esos fríos campos de Siberia,  
Esas tristes arenas del desierto,  
Esas simas profundas y cavernas,  
Nada encierran en sí que cause miedo  
Al que en las letras su dominio lleva:  
Proscrito, errante y solo, no se cree  
En la adusta desgracia que lo cerca:  
Su eterna idolatría es el estudio:  
Y una patria se forma donde alienta.

Empero si oprimido en triste encierro  
Bajo el peso fatal de la cadena  
Sufre de la opresión el fiero yugo,  
Con ánimo tranquilo siempre ostenta,  
En el libro feliz de su destino  
Del perverso el castigo que lo venga:  
A su opresor le dice con orgullo:  
«No soy tu esclavo aunque en prisión me tengas.»  
Un retiro apacible y silencioso  
Es el encierro en que triunfante sueña;  
Y si el cielo propicio le ha dotado  
Con el estro divino de poeta,  
Canta y traza en los muros denegridos  
Con sus pasados yerros sus creencias.

Un mortal sumergido en la ignominia  
Se postra al vencedor con baja mengua.  
A diferentes dueños se somete,  
Y para hablar su autoridad espera:  
El sabio libre su dominio ejerce,  
Siguiendo ufano la razón austera:  
No teme la opresión ni el desvario;  
Del honor y virtud sigue la huella:  
Cicerón, que de un déspota inclemente,  
Sufrió el trato cruel, nunca se arredra;  
La libertad romana busca ansioso,  
Y en el sepulcro impávido la encuentra.  
Demóstenes también, la impura copa  
Apuró silencioso; y su existencia  
En un sueño tranquilo y apacible  
Legó al tirano y descendió á la huesa.

Sucumbe el hombre oscuro; en su ruina  
En continuo estupor medroso piensa:  
Una mano de hierro de su tumba  
Cubre el estadio y su memoria encierra:  
El sabio siempre existe: de la parca  
A la terrible vista, con firmeza  
Le prohíbe resuelto y animoso  
Borre sus obras con impura diestra:  
Sin odio, sin temor, tranquilo espira:  
Mas su gloria y su triunfo siempre queda,  
La cortante cuchilla de la envidia  
Siempre se embota en su eternal diadema.  
Tal el ave preciosa de Meandro,  
Cuando á su fin sin consternarse llega,  
Con deliciosos ecos se despide:  
Muere gozosa y sus cantares deja.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

### El sepulcro del rey Pelayo.

Si alguno al hojear las ilustradas páginas de este periódico leyere este epígrafe, creará sin duda que vamos á describir un sepulcro admirable, grandioso, sublime, idealizado por la ardiente imaginación del poeta ó del artista.

Pero bien pronto á la curiosidad sucederá el rubor y la ilusión desaparecerá, como desaparece una gota de agua echada en el Océano.

Y por triste, muy triste que sea la misión de disipar las ilusiones de los lectores, una fuerza superior nos impele á censurar la ingratitud de las generaciones pasadas y presente.

Unas y otra se olvidaron, ó despreciaron los beneficios que la nación española recibió de Don Pelayo, electo rey después del triunfo de Covadonga.

Imposible parece que una nación noble, generosa y magnánima, cometa ingratitud tan manifiesta.

Y sin embargo, la nación que cuenta á Don Pelayo entre sus primeros héroes, muestra su ingratitud en el sepulcro del restaurador de la monarquía.

Si Pelayo, esa gran figura que empezó la reconquista en las fragosas montañas de Asturias, levantara su cabeza y viera en donde le tenemos encerrado, ¿qué diría? — Oh! ni aun queremos pensarlo.

Los grandes pensamientos salen del corazón, y el pensamiento que domina en el sepulcro de Don Pelayo es pobre, raquítico y miserable.

Al visitar el histórico y glorioso santuario de Covadonga ¡qué pensamientos tan tristes embargan nuestro espíritu!

Y al ver el sepulcro donde yacen los restos mortales del hombre que, rotas las huesas del funesto rey Don Rodrigo, rehace sus restos dispersos, se guarece en un rincón de Asturias, desprecia las proposiciones del traidor don Oppas, derrota el ejército moro, constituye un reino, que andando el tiempo fuera dueño y señor de dos mundos, la vergüenza cubre nuestro rostro y el corazón se llena de tristeza.

Cualquiera creara que es el calabozo, la mazmorra que contiene los restos de algún traidor a la patria.

El viajero, ó curioso que, atraído por los recuerdos históricos, vaya a colocar una corona de laurel sobre el sepulcro del héroe de Covadonga, sentirá, lo que nosotros sentimos, vergüenza, indignación y tristeza.

Y sin embargo, ¡a cuántos reyes y príncipes que, al registrar la historia, nos causan rubor sus nombres ó sus hechos, sin más mérito que su nacimiento, se han levantado grandiosos sepulcros, panteones y mausoleos y estatuas colosales.

Y Pelayo, proclamado y jurado rey por un ejército a quien condujo a la victoria de sus enemigos en religión, en política y nacionalidad, reposa en un sepulcro miserable, vergonzoso, indigno de un pueblo noble, generoso y magnánimo.

¡Oh cuánta ingratitud, miseria y abandono!

Yo ignoro si seré el primero a levantar mi humilde y desautorizada voz; y quisiera tener cien lenguas para decir que los pueblos son ingratos cuando no corresponden, ni saben apreciar los hechos heroicos de los hijos que sacrifican su preciosa existencia, ó derraman su sangre por no sujetarse al yugo extranjero.

Y los pueblos ingratos nunca podrán contar héroes entre sus hijos. — *Probatio amoris exhibitio est operis*: obras son amores, que no buenas razones.

Figuraos pues, una gruta de pequeñas dimensiones, con adornos caprichosos de bichos, sabandijas, follajes y yerbas selváticas, que crecen y se multiplican; y en el centro una caja ó arca de piedra según unos, y formada de tierra según otros, que contiene los restos de Don Pelayo.

Su entrada es semicircular, hecha por la mano del hombre sin esmero alguno; y los hierros gastados que, colocados por la parte exterior forman un cuadrado, le dan un aspecto de ventana de calabozo ó de mazmorra.

Y en la parte superior la inscripción ininteligible que copiamos en la página 378, y á uno y otro lado nombres y apellidos, escritos con lápiz, de viajeros ó curiosos. Y por último, un farol que da asco mirarlo.

¡Cuánto quisiera no haber visto este sepulcro!

Mil y mil reflexiones, á cual más tristes se agolparon á mi mente, y abandoné aquellos lugares solitarios con el corazón oprimido y los párpados ardientes.

Reyes y príncipes le vieron: su corazón se oprimía como el mío, y príncipes y reyes se olvidaron de los restos de Don Pelayo y de su miserable sepulcro.

Y vino un extranjero, el bondadoso duque de Montpensier, sintió lo que siente todo el que le ve, y ya que no un magnífico sepulcro, le erige á sus expensas un elegante y sencillo obelisco en el campo de la *Jura*.

Un extranjero, ilustre vástago de una familia real proscripta, nos enseña á apreciar el heroísmo, las virtudes cívicas de Don Pelayo.

¡Así supiéramos, ó quisiéramos nosotros manifestar nuestro reconocimiento y patriotismo, que consuminos en luchas estériles!

Asturias y España deben conservar siempre este recuerdo de los duques de Montpensier con agradecimiento.

Al Ser Supremo manifestamos nuestra gratitud por medio del culto interno y externo.

La historia abre sus páginas á Don Pelayo llena de admiración; y el arte, que escribe los grandes hechos en piedra, le relega al olvido.

Tan singular contraste no puede menos de llamar la atención del hombre pensador, que investiga la verdad. Por eso hay quien sostiene que uno de los dos sepulcros, que se conservan en la galería baja de la colegiata, era del rey Don Pelayo.

¿Cómo explicar, entonces, la existencia de sus restos mortales en la gruta ya mencionada?

En verdad, que hay visos de verosimilitud en esta creencia, y sería algo más digno y decoroso para el héroe y para la nación.

En junio de 1855 hice una excursión á la fábrica nacional de Trubia, en compañía de mi amigo don José Antonio Lopez.

Entre otras cosas, he visto fundir en bronce los bustos de algunos hombres que aun viven hoy.

¿Con qué objeto habrán fundido los bustos de hombres que puede olvidar ó condenar la historia contemporánea?

Y sin embargo, comparad los tiempos, los hechos y los hombres y abandonaréis á Trubia, volveréis á avergonzaros del sepulcro de Don Pelayo, y para consolarnos, tornareis la vista á su estatua, grave, de continente esbelto, que, entre otras, adorna la plaza de Oriente en Madrid.

Quien lucha y vence, con el poderoso auxilio del

cielo, y echa los cimientos de una gran monarquía, yace humildemente y en sepulcro más pobre, mezquino y vergonzoso, que el último abad de la colegiata de Covadonga, cuyos restos mortales reposan en el sepulcro que algunos creen fué de Don Pelayo.

Este sepulcro, si la memoria no me es infiel, fue regalado por el cabildo al marqués de Pidal; y el abad, cuyos restos en él yacen, era pariente del señor Pidal.

No nos incumbe averiguar si el cabildo, tan generoso con el señor Pidal, tenía facultades para donar.

Y este contraste es digno también de la atención del hombre pensador.

En el precioso *Album* que se conserva cuidadosamente en las Salas Capitulares, no he visto, ni leído más que admiraciones y composiciones poéticas y prosáicas, que pudieran muy bien medirse por metros, y firmas de hombres notables en las armas y en las letras.

Solo mi amigo don Tomás Rubio, en 3 del corriente, consagró un recuerdo al sepulcro de Don Pelayo.

Y este recuerdo ha sido causa de estos mal ordenados renglones; y ¿quién sabe si estos servirán de recuerdo á los diácos políticos para pedir la erección de un sepulcro digno de contener sus restos mortales, y más decoroso para la nación?

Y si los diarios políticos tratan esta cuestión como de decoro nacional, yo no dudo que más tarde ó más temprano se levantará un grandioso mausoleo.

Tal es la influencia que ejerce hoy la prensa periódica en el país. Soy el primero á reconocerla por la experiencia que mis pocos años me han dado.

Por eso quisiera que voces más robustas y autorizadas que la mía, tratasen la cuestión que es de decoro nacional.

Yo jamás hablé otro lenguaje que el austero y rudo de la verdad.

El sepulcro de Don Pelayo me llenó de vergüenza; y tengo para mí, que más vale vergüenza en cara que mancha en corazón.

Y cuando nosotros mismos nos avergonzamos de nuestras propias obras, ¿qué dirán los extranjeros? Pena me da pensar que vean nuestras miserias, nuestra ingratitud. Seamos agradecidos á los ojos de Dios y de los hombres.

Un sepulcro miserable, como un sepulcro grandioso, ni quita ni da nombre á los héroes de la patria.

Pero un sepulcro miserable da muy triste idea de la religión, civilización y cultura de los pueblos.

Bien es verdad, y esto puede consolar á alguno, que Don Pelayo tiene un féretro en Covadonga, y un magnífico y grandioso sepulcro en nuestra historia nacional.

Y la tumba de Pelayo es la cuna de la monarquía española.

Donde yacen en sepulcro miserable los restos del héroe, renació una monarquía poderosa que diera leyes al mundo.

Y el mundo contempla admirado la indiferencia de la monarquía hacia quien la volvió al ser.

Seamos dignos del héroe los hijos del *siglo de las luces*, como llaman al presente siglo XIX los filósofos racionalistas.

BERNARDINO DIAZ DE RIVERA.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — La elegancia francesa y extranjera regresa á París. — De las cacerías de M. Ch. Archedeacon. — De las nuevas carreras de caballos: desafíos al trote. — Sobre las nuevas modas. — Tres trajes de paseo fotografiados en el bosque de Boulogne. — Descripción del figurín de este número que contiene las últimas novedades elegantes.

La elegancia parisiense y extranjera comienza á regresar á la capital. Sin embargo, hay rezagados y son los cazadores. Uno de los cazadores más famosos, el que tiene mejor servidumbre, mejores perros y caballos, es M. Ch. Archedeacon, que está haciendo prodigios en el bosque de Amboise. Le acompañan en sus expediciones contra los ciervos y los jabalíes el barón de la Broune, el marqués de Chateaurand, MM. Cottier, Jameron, Louis Moiseau, Charles Navarre, Ferdinand de Sainte-Ville, el conde Casimir de la Roche Aymon, el conde Septimé de Villeneuve, el conde Arthur de Villeneuve.

Se trata en París, entre los aficionados á caballos, de una innovación feliz: las *carreras al trote*.

Estas carreras tendrán una utilidad incontestable; pues conviene sobre todo mejorar el trote de los caballos. El galopar está muy bien, pero se puede decir que esto es un lujo; el trotar es una necesidad, y á ese paso se conocen los buenos jinetes.

Se ha organizado pues una sociedad de *trotadores* que tendrá sus reuniones en el hipódromo de Longchamps. Se procederá por apuestas á falta del estímulo de los premios, que vendrá más tarde.

Ya se han hecho dos pruebas. Dos desafíos propuestos y aceptados han interesado mucho á los principales miembros del Sport. M. Chocquart, secretario del emperador, se interesa mucho en el negocio.

En cuanto á los trajes masculinos, me desespera tener que repetir que no hay nada que merezca señalarse.

Los paletós son exactamente lo mismo que los que se llevaban el año pasado.

El lord Raglan sigue muy en boga entre los elegantes, en tanto que los hombres de negocios han adoptado el paletó saco y el paletó á la inglesa con tres costuras.

Por lo que toca á los trajes de visitas, de teatro y de bailes, el género no varía en nada.

Los hombres de mundo muestran afición á los trajes sencillos, y la mayor parte de ellos prefieren el frac negro á todos los demás.

Sin duda el frac negro es muy distinguido, pero ¡cuán triste y lúgubre parece en medio de un baile! — Los hombres de gusto harían bien en adoptar un pantalón gris, un frac de color, un chaleco de seda y una corbata blanca. — La corbata blanca en cierta clase de la sociedad es muy elegante.

La forma de los fracs de vestir no ha variado; se llevan cerrados y abiertos, según el gusto de cada uno. Sin embargo, el frac de soiré debe ser abierto para que se vea la pechera de batista y un rico chaleco.

La tela más á la moda para paletós y chalecos se llama *chinchilla*; es un tejido nuevo mucho menos grueso que las primeras muestras que salieron á luz.

Voy á describir tres trajes fotografiados en el bosque de Boulogne.

El primero se compone de un paletó de edredón bronceado cortado en forma de Dorsay, con el talle largo y ancho por detrás y cerrado con una sola hilera de botones; pantalón de cuadros, ancho de piernas, sin trabillas y chaleco de pequeño chal muy ancho.

El segundo traje lo formaban una levita de paño negro con cuatro botones abotonados, y chaleco de la misma tela que el pantalón. Sobre la levita se veía puesto elegantemente un sobretodo gris forrado de seda.

El último se componía de un largo y ancho sobretodo de chinchilla, el tejido de que he hablado antes, color de ave llana oscuro, y guarnecido de pieles. Bajo este sobretodo había probablemente un frac ó una levita con un chaleco de fantasía.

Todas mis noticias se limitan á lo que acabo de decir.

No es mucho por cierto; pero yo no tengo la culpa de que los parisienses pierdan el sentimiento de lo bello, del arte y de la elegancia en punto á vestir.

Pasemos pues á nuestro figurín.

El primer traje es de paseo y está reproducido aquí con un sobretodo muy parecido á la levita Dorsay. Se puede llevar este sobretodo con una jaqueta ó con un frac negro. El pantalón es de cuadros. Este invierno los cuadros están en moda. La forma es ancha y no lleva trabillas.

El segundo es un elegante traje de baile.

Compónese de un frac negro, un pantalón negro y un chaleco negro. La forma de las solapas y del cuello del frac es muy graciosa. El talle es de un largo ordinario y los faldones están cortados derechos sobre el delantero. El chaleco es de seda mate con chal de piqué rayado de seda blanca. El pantalón cae justo sobre el pie y no lleva trabillas.

Después tenemos un traje de mañana que se lleva mucho.

La prenda principal es una especie de ancho y largo levitín llamado á la inglesa, de tela de fantasía verdosa y ribeteado llano al rededor.

Los bolsillos están un poco bajos, y el cuello lleva tapa de terciopelo.

Chaleco de cachemira color oscuro de pequeño chal subido y un poco largo.

Pantalón mezclilla con banda á cada lado.

El último traje es para un niño de diez años; traje muy sencillo, pues que solo se compone de un paletó saco y de un pantalón plegado por arriba, muy ancho, y que se puede meter si se quiere, en los botines, que se hacen de la misma tela.

Yo sin embargo, prefiero para los niños de esa edad el traje de terciopelo ó de casimir liso; cada cual su gusto.

Bajo el paletó saco se puede poner una chaquetilla cualquiera de terciopelo con chaleco adecuado. En la cabeza lleva un fieltro abarquillado, de forma baja y sin adorno alguno.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### La fiesta de santa Bárbara en Tolon.

El 3 de diciembre de cada año tiene lugar á bordo de los buques de guerra una ceremonia extraña, preludio de una fiesta más extraña aun, que las personas poco iniciadas en los secretos de la vida marítima leerán quizá con interés. El comandante de artillería que está á bordo, revestido como en un día de combate, de las principales insignias de su grado, previene al oficial de su arma que los marinos artilleros tienen la intención de celebrar como de costumbre la fiesta de santa Bárbara, su patrona. El oficial comunica el proyecto al alférez encargado del detalle, que pide á la autoridad el permiso competente que no se niega nunca.

Mientras se llenan estas formalidades se ve en la sombra de las baterías entre las pesadas cureñas á los aprendices de artilleros tejiendo homéricas guirnaldas de encina y de laurel destinadas á adornar al otro día las chalupas de desembarco.

El 4 de diciembre en efecto al amanecer, la lancha cañonera adornada toda ella de ramos de siemprevivas, de coronas y de festones se aleja del navío al sonido de las trompas, y un cuarto de hora después desembarca solemnemente en los muelles doscientos ó trescientos marinos de toda gala con tambores y pífanos á la cabeza electrizados por la perspectiva de dos días de libertad, y llevando cada uno un grueso ramillete en el ojal, como para probar que bajo la rudeza exterior de sus costumbres han conservado el amor á las flores y el recuerdo de los dulces sentimientos de que son emblema.

El desembarco, á pesar de los muchos curiosos y sobre todo á pesar del carácter turbulento del marinero en tierra, tiene lugar con un orden admirable. En medio del silencio más absoluto la imagen de madera dorada de santa Bárbara viene, de la popa donde estaba instalada en triunfo, á figurar á la cabeza del cortejo, y los alegres pífanos dan la señal de la marcha para la



LETUAIRE

CELEBRACION DE LA FIESTA DE SANTA BARBARA EN TOLON

misa. Todos esos hombres robustos que tantas veces han desafiado las balas y las tempestades, van á inclinarse su frente bronceada por el aire salino á los piés de la *Maria Stella* adorada, que han invocado á menudo en las noches de borrasca y de espanto. El sacerdote que al concluir el servicio divino alza la mano para bendecir á tanta gente, no halla mas que cabezas prosternadas.

Al salir de la iglesia la tropa se dirige, siempre en buen órden á la casa, de la prefectura marítima, donde se da la serenata de honor bajo el balcon del almirante. De allí pasa bajo las ventanas del mayor general, y al fin pasa á las del comandante del navío. Terminadas estas ceremonias, el cortejo acompaña en procesion la estatua de santa Bárbara á la chalupa que la lleva á bordo.

En cuanto la santa ha dejado el muelle, el jefe de la tripulacion da la señal con un silbato de plata para que forme círculo en su derredor su dócil batallon, y empleando las metáforas mas floridas del vocabulario marítimo improvisa un discurso que es aplaudido con frenesí. Despues, para descargo de conciencia, recomienda la dignidad y la temperancia á su auditorio, y termina su arenga con estas palabras mágicas: *¡ Libertad de maniobra!*

Preciso es conocer á fondo la vida del marinero, esa vida de privaciones y de obediencia pasiva, donde toda tentativa de reposo se reprime con una disciplina inexorable, para formarse una idea de lo que valen estas tres palabras « libertad de maniobra » para el marino.

Al punto las tiendas de licores se hallan invadidas por una muchedumbre sedienta. Sean cuales fueren los excesos de aquel dia, la página del registro de los castigos que lleva la fecha del 4 de diciembre, conservará su inmaculada virginidad. Las botellas se vacian como por encanto, y se baila y se canta con delirio. Nuestros hombres se entregan todo el dia á la felicidad de brindar y de reir, libres de cuidados de toda especie. Olvidan que ayer tuvieron que hacer esfuerzos inauditos para libertarse de un naufragio, y que mañana quizá dejarán la familia y la patria para emprender una campaña de cuatro ó cinco años. Toda aquella noche se les ve uentra en las calles precedidos de un organillo ó de

una gaita, á cuyos sonidos van haciendo cabriolas que es un portento.

A la otra mañana, cuando hay que volver á bordo, muchos que se han quedado rezagados en los bancos de la taberna, faltan á la lista. Sin embargo, esto no impide que la vuelta al navío no sea tan solemne como

lo fué la partida. Los vaporillos que hacen la travesía entre los pueblos próximos, se empavesan al rayar el alba y enarbolan banderas en las que se leen los nombres de los navíos. Los marineros entran á bordo á los sonidos de la misma música que acompañó á su desembarco en el dia anterior. X.

### Monseñor Dufetre

OBISPO DE NEVERS.



MONSEÑOR DUFETRE, OBISPO DE NEVERS,  
Muerto el 6 de noviembre de 1860.

Monseñor Dominique-Augustin Dufêtre, que acaba de morir obispo de Nevers, habia nacido en Lyon el 17 de abril de 1796. Desde la edad mas tierna demostró una vocacion tan pronunciada por la carrera eclesiástica, que el cardenal Fesch no vaciló en admitirle á la tonsura en mayo de 1807, cuando no tenia mas de once años. Cinco años mas tarde, en julio de 1812, salia con brillo de los exámenes, y á los diez y nueve años fué encargado de la direccion del pequeño seminario de San Justo en Lyon. En 1817 entraba al servicio de la Iglesia pronunciando ya votos irrevocables, y en el siguiente año pasaba á la casa de los Cartujos de Lyon, que es un verdadero seminario de misioneros. Pertenecia á esta sociedad cuando recibió la unción sacerdotal en marzo de 1819.

Despues de haber predicado en diferentes diócesis fué elegido por el arzobispo de Tours como primer vicario general, y durante cerca de veinte años M. Dufêtre administró esta diócesis, que dejó con sentimiento general.

En 1842 fué nombrado obispo de Nevers; consagrado en Lyon en 1843, hizo su entrada solemne en su diócesis, y por espacio de diez y siete años se mostró pastor incansable y prelado inteligente; fundó varios establecimientos de caridad, un pequeño seminario y una casa de novicios, y estas obras tan variadas á que se consagraba, en nada perjudicaron á las demás funciones de su ministerio. Sin embargo, á pesar de su robusta constitucion, sucumbió á los ataques de un mal que debia á su celo apostólico, y murió el 6 de noviembre último, con sentimiento general en su diócesis. ||